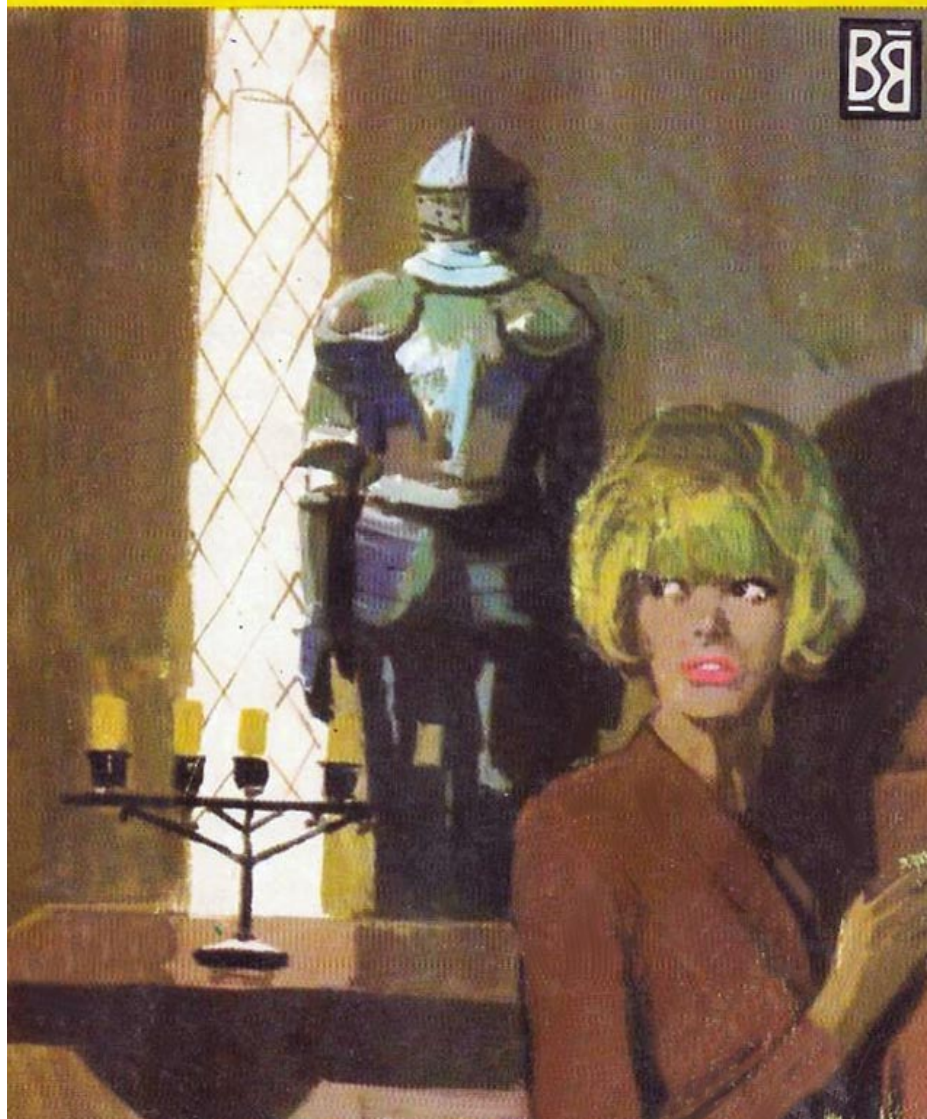


PUNTO
ROJO

el lago de la muerte

clark carrados



EL LAGO DE LA MUERTE

MOIRA
SPENCER

DEL
CORWEEN





CLARK CARRADOS

EL LAGO DE LA MUERTE

Colección PUNTO ROJO n.º 248

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTÁ

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 32.975-1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1967

© CLARK CARRADOS - 1967

sobre la parte literaria

© DESILO - 1967

sobre la cubierta

© COSTA y VIVAS - 1967

sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

*Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967*

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

990. — El sitio.

En Colección SERVICIO SECRETO:

844. — Detective por error.

En Colección BUFALO:

680. — Chacales en la pradera.

En Colección CALIFORNIA:

486. — Ley de hierro.

En Colección COLORADO:

460. — Capitán de río.

En Colección KANSAS:

427. — El orgullo y la furia.

En Colección BRAVO OESTE:

289. — Humo en el valle.

En Colección PUNTO ROJO:

210. — La piedra en la charca.

En Colección SALVAJE TEXAS:

533. — La sed del infierno.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

219. — La clave escarlata.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

145. — Color de rubí, color de sangre.

En Colección ASES DEL OESTE:

366. — Ruta sin destino.

CAPÍTULO PRIMERO

A la declinante luz del atardecer, que ponía cálidos tonos dorados en el ambiente, Delius Corween contempló, desde lo alto de una loma, el lugar que era el fin de su viaje desde Londres.

A la espalda llevaba una pesada mochila con todo lo necesario para acampar al aire libre. Un sombrero ligero, verde oscuro, con plumita blanca y roja, ocultaba sus cabellos castaños. Bajo el ala del sombrero se divisaban dos ojos de color café, de mirada sagaz y observadora.

La mansión, Kilbrough House, estaba en medio de una islita situada a unos ciento cincuenta metros de la orilla del lago Kilbroughner. Tratábase de una construcción baja, de planta y un solo piso, con una sólida chimenea en uno de sus ángulos, y el tejado, gris, a dos aguas, de pronunciado ángulo, con los salientes de las buhardillas habitables.

El lago parecía un gran ojo azul en medio de las colinas verdes, de redondeadas cimas, algunas de ellas cubiertas por olmos y robles. En el lado norte del lago se divisaban, formando un perfecto arco de círculo, de unos doscientos metros de longitud, una fila de álamos, rectos como velas, doblándose apenas al influjo de una leve brisa de verano.

La longitud máxima del lago era de unos tres mil metros por unos mil escasos de anchura. Los constructores de Kilbrough House habían sabido sacar un hábil provecho del singular accidente que constituía aquella islita, que no tenía cien metros de largura por la mitad de anchura. Parecía el lomo de una gigantesca ballena, dormida desde la creación del mundo en las aguas del lago.

Un largo puentecillo de troncos y tablas, de dos metros de anchura, enlazaba la islita con la tierra firme. Gruesos pilotes sustentaban la armazón, al principio de la cual, y a unos veinte metros escasos de la orilla, podía verse un cobertizo destinado a guardar los automóviles. Ningún vehículo podía llegar a la islita, medida que Del, así le llamaban los amigos abreviadamente, juzgó sumamente acertada.

—Desde luego —soliloquió—, yo también hubiese hecho lo mismo de ser el dueño de esa casa.

A su espalda, a unos dos kilómetros de distancia, quedaba Kilbroughdley, una población de setecientos habitantes escasos. Del

sospechaba que tanto el lago como la aldea, tenían sus nombres como derivados del sustantivo básico Kilbrough, tal vez apellidado del primer señor feudal que recibió aquellas tierras, junto con el lago, como donación de algún rey medieval, por una ayuda facilitada en una de las numerosas guerras de aquella época turbulenta e insegura.

«Ello importaba poco, sin embargo», se dijo Del. Murmuró luego:

—He llegado a mí destino —y empezó a descargarse la mochila.

Estaba en la cima de un altozano que se elevaría escasamente cincuenta o sesenta metros sobre el nivel del Kilbroughner. Las copas de un grupo de frondosos olmos le servían de techo y, delante de sí, tenía unos arbustos que, llegándole hasta el mentón, le ocultaban prácticamente a la vista de cualquier posible observador de la casa.

Apenas una semana antes, ni siquiera había oído hablar de Kilbrough House. Ahora, sin embargo, parecía hallarse en los inicios de una aventura cuyo final no era predecible en absoluto.

La distancia a la orilla del lago era de un cuarto de kilómetro. Abrió la mochila y sacó la tienda de campaña individual. Empezó a montarla, siguiendo las instrucciones del folleto.

Poco después, se había preparado un habitáculo de dos metros de largo, por poco más de uno de ancho y unos setenta centímetros de altura. Metió dentro el saco de dormir y los demás adminículos que había traído consigo y, sacando la pipa, llenó la cazoleta de buen tabaco.

Fumó apaciblemente, mientras el color dorado del ambiente viraba poco a poco a rojo y luego a violeta. Unas cuantas ventanas se iluminaron en la casa cuando el sol se ocultó tras las colinas del Oeste.

La brisa había cesado ya. Una tenue línea de gasa azulada subía a lo alto desde la chimenea, sin retorcerse en absoluto. La superficie del lago parecía una pulida lámina de vidrio azogado.

Por el Este, se levantó la luna, roja y enorme, como surgiendo de un baño de sangre. Poco a poco, fue perdiendo aquel tono siniestro y adquirió el suyo propio, semejando una hermosa placa circular, brillante y luminosa, en un cielo sin una sola nube.

Después de haber fumado un par de pipas, Del comió unas galletas y un poco de chocolate. Sacó un termo y tomó un par de tazas de té.

Ya no fumó más. No convenía que vieses ningún resplandor desde la casa.

Ahora debía esperar a que le hiciesen una señal. Así lo había convenido con la hermosa Moira Spencer, una semana antes, en Londres.

* * *

Una semana antes, Delius Corween había recibido una llamada

telefónica. Era una voz femenina y su dueña, tras cerciorarse de que Del era el hombre a quien buscaba, le había preguntado si podía visitarle.

—Por supuesto —contestó Del—, pero... ¿quién es usted?

—Lo sabrá cuando me vea —contestó la desconocida.

Ella llegó una hora más tarde. Cuando llamó, Del se precipitó a abrir la puerta.

Había una mujer en el umbral. Era joven, unos veinticuatro años, de elevada estatura y silueta fina y estilizada, como una maniquí parisina. Tenía los ojos muy claros y sus largos cabellos rubios, de un atractivo tono pajizo, pendían sueltos a lo largo de su espalda.

La muchacha vestía un traje de corte y color veraniegos y, aunque seguía la moda actual de la minifalda, lo hacía con cierta discreción; el borde inferior del vestido quedaba a cinco o seis centímetros de sus hermosas rodillas.

Los tonos tostados predominaban en el vestido, contrastando agradablemente con el color de sus cabellos. En la mano llevaba un bolso del mismo tejido que su traje, y los zapatos hacían también juego con uno y otro.

—Le llamé hace una hora, señor Corween —dijo la muchacha, sonriendo hechiceramente—. ¿Puedo pasar?

Del se quitó la pipa de los labios.

—Por supuesto —contestó, echándose a un lado—. Entre, señorita...

—Spencer, Moira Spencer —se presentó ella—. Pero será mejor que dejemos los tratamientos ceremoniosos desde un principio. Sencillamente, llámeme Moira y yo le llamaré... ¿Tiene algún diminutivo especial?

—Del, simplemente, Moira —sonrió él—. ¿Algo de beber?

—No, gracias, un cigarrillo simplemente. —Con notable desenvoltura, Moira se sentó en un sillón de diseño futurista, cruzó las piernas y abrió su bolso, para sacar el tabaco.

La muchacha encendió su cigarrillo con el fósforo que le presentó Del. Luego de expulsar el humo, le miró y dijo:

—He leído algunas de sus novelas, Del. Sencillas, pero interesantes y amenas.

Del inclinó la cabeza.

—Me complace tener una admiradora tan hermosa —contestó un tanto pedantescamente—. Pero mis novelas no van dirigidas a... al público del que usted parece formar parte.

Las ropas de la joven eran caras. Del lo había observado desde el principio, y el collar que ceñía su esbelta garganta no parecía de perlas de imitación. En su mano derecha llevaba un enorme anillo con lo que parecía ser un sello heráldico, que Del no podía distinguir bien a causa de la distancia.

—Son novelas que entretienen, que es lo importante —alabó ella—. Sin

embargo, para una lectora medianamente observadora, proporcionan interesantes deducciones.

—¿Sí? —murmuró él, sonriendo.

—Son las aventuras que al autor le habría gustado correr. —Moira miró en torno suyo—. Esta es la habitación de un hombre sedentario a la fuerza. ¿Me equivoco?

—No del todo —contestó Del—. De cuando en cuando, hago alguna excursión al extranjero.

—Pero este es su cuartel general.

—Lo reconozco.

—Está bien decorado —admitió Moira—. Tiene usted justo.

—He de admitir que me agrada gastar en comodidades buena parte de mis ingresos.

—Que no son pocos, precisamente. Leí en una revista de cine, que la Organización Brank va a llevar una de sus obras a la pantalla.

—Estamos en tratos sobre el particular. Bueno, es mi agente artístico quien se ocupa de ello, aunque todavía no hay nada decidido.

—Llegarán a un acuerdo con la Brank —afirmó Moira—. Bien, y ahora, hablemos de lo que me ha traído aquí. Si accede a mi petición, tendrá un magnífico material para su próxima obra.

—Me deslumbra usted —sonrió Del—. Y no solo con sus ojos. ¿Qué he de hacer para conseguir su generosa oferta?

—Descubrir el autor de un crimen perpetrado hace un cuarto de siglo —respondió Moira, sin pestañear.

Del miró fijamente a la muchacha. Solía recibir cartas de admiradores, no demasiadas, aunque sí las suficientes para demostrar a su editor que poseía cierta popularidad entre los lectores de novelas policíacas. Algunas de aquellas cartas, las menos, procedían de mujeres; pero nunca se le había presentado una, ni tan siquiera escrito, con una pretensión semejante.

—Es posible —contestó al cabo—, que según las circunstancias del hecho, el delito haya prescrito ya. Por tanto, aunque se descubra al autor, puede quedar impune.

—No importa. No se trata tanto de castigarlo, aunque bien sabe Dios que merece un duro castigo por lo que hizo, como desposeerle de lo que se apoderó mediante la comisión de aquel crimen.

—Moira —dijo Del—, ¿por qué no acude a la policía?

—Porque carezco de pruebas para acusarle —respondió ella, impertérrita.

—¿Y he de encontrarlas yo?

—No tanto, exactamente, se trata de encontrar esas pruebas como de devolver a su legítimo dueño lo que el criminal le robó.

Del se pasó una mano por la frente.

—Moira, quisiera hacerle comprender una cosa... La ficción es muy

distinta de la realidad: Yo no soy policía, ni siquiera detective privado...

—Entonces, ¿por qué escribe novelas policíacas?

—Por favor, Moira, me gusta escribir esa clase de novelas. Y percibo unos saneados ingresos, eso es todo. Pero jamás se me ocurrió hacerle la competencia a los hombres de Scotland Yard.

—Lo cual significa que se niega a atender mi petición.

—No sé qué decirle, Moira. —Del se sentía molestísimo—. No es que me niegue, pero...

Ella se puso en pie, tras haber aplastado el cigarrillo contra un cenicero próximo. Se alisó la falda con ambas manos, sacando el busto al hacerlo, y le dirigió una mirada penetrante.

—Creo que acabará aceptando —dijo—. Usted irá a Kilbrough House.

—Muy segura parece —sonrió Del.

—Lo estoy. Escúcheme: dentro de ocho días, justamente, yo le hará una señal desde la casa...

—¿Qué casa?

Ella no reparó en la pregunta.

—Será a la medianoche, aproximadamente. Dos destellos largos, tres cortos y un largo. Usted me contestará con un destello largo, tres cortos y dos largos. Entonces me reuniré de nuevo con usted.

Abrió el bolso, extrajo un sobre de regular tamaño y lo dejó sobre la mesa.

—Aquí hay planos y mapas, además de fotografías con la situación exacta de Kilbrough House —dijo— Estúdieselos bien; le dirán más que todas las explicaciones que yo pudiera darle. No lo olvide, dentro de ocho días.

Y sin más,; gil y desenvuelta, se dirigió hacia la puerta, dejando tras de sí una estela de suave y, al mismo tiempo, penetrante perfume.

Del tardó algún tiempo en recobrase. Cuando lo consiguió, se dirigió a la mesa y tomó el sobre.

Le devoraba la curiosidad. ¿Qué era Kilbrough House? ¿Qué había allí? ¿Quién vivía en la mansión?

Pero lo que más le preocupaba eran los nombres del criminal y de su víctima... ¿y qué objeto tan valioso había sido el motivo de un asesinato?

CAPÍTULO II

Moira Spencer había acertado.

La curiosidad infligió una fuerte derrota a Del. Por eso se hallaba en las inmediaciones de Kilbrough House.

Los mapas eran muy completos, así como el plano de la casa. Del había estudiado unos y otro con atención concentrada, hasta aprenderse el menor de los detalles.

Después de mucho reflexionar, había decidido adoptar el papel de un veraneante aficionado a las excursiones en solitario. En Kilbroughdley le habían informado de que no existía una disposición legal en contra de la acampada en las inmediaciones del lago.

Se había comprado un reloj de pulsera con esfera luminosa. Consultó la hora.

Las once y media. Treinta minutos más tarde recibiría la señal.

El tiempo pasó lentamente. Del supuso que el dueño actual del Kilbrough House debía poseer títulos de nobleza, a juzgar por el escudo que campeaba en uno de los ángulos del plano de la casa.

Un escudo ciertamente curioso. Un león rampante de gules en campo de oro, con un manojo de flechas en la garra, en el cuartel diestro. En el cuartel siniestro había una torre de plata, en campo de azur, surmontada por cinco estrellas en diadema. Una espada, puño de oro y hoja de plata, atravesaba el escudo de abajo arriba, el puño en la base del escudo y la punta de la espada en la parte superior.

Del tenía la seguridad de que el escudo que había en el anillo que había visto en la mano de Moira era el mismo del plano.

En torno a la casa no había visto ninguna construcción adyacente. Solo el edificio sobre el lomo de la ballena dormida, que era la isleta. Ningún panteón, ningún mausoleo... ¿Dónde enterraban los Kilbrough a sus deudos?

Y, de repente, le pareció que ya había visto la casa y la isla antes de ahora. ¿O quizá se trataba de que recordaba las fotografías con que Moira había acompañado los planos y los mapas?

Las luces de las ventanas se habían apagado ya. Una vez más, Del consultó su reloj.

Eran las doce y un minuto. Con los nervios en tensión, preparó la linterna.

A las doce y un minuto, brilló una luz en el ángulo noroeste de la casa. Del se puso en pie de un salto.

Contó los destellos.

—Dos largos... tres cortos... uno largo...

Pulsó el interruptor de su linterna. Luego, lentamente, descendió una cincuentena de metros por la ladera de la colina.

El espejo que eran las aguas del lago se alteró de pronto. La luz de la luna y la transparencia de la atmósfera permitían ver los detalles con singular claridad.

Alguien nadaba hacia la orilla. Del se preguntó por qué Moira, si se trataba de ella, no utilizaba el puente.

Minutos más tarde, una figura humana emergió en la orilla. Del avanzó a su encuentro.

—¿Del? —sonó una voz a poco.

—Sí, Moira.

La muchacha corrió hacia él.

Sus cabellos estaban pegados al cráneo. Un sucinto «dos piezas» era todo lo que llevaba puesto, y su piel brillaba como plata bruñida bajo la luz de la luna.

Rio alegremente.

—No le doy la mano, porque la tengo mojada, Del —expresó. Me alegro de verle y, a la vez, de saber que acerté.

—Sí, la curiosidad me derrotó —contestó él, complacidamente—. Venga conmigo; en mi campamento tengo una toalla y un termo con té.

—Es usted el hombre que todo lo previene —dijo Moira, sin perder su sonrisa. Caminó con largos y fáciles pasos junto al joven—. ¿Qué le parece Kilbrough House, Del?

—Un paraje encantador. La casa ya no me gusta tanto.

—El estilo es feo, pese a su antigüedad. Si fuese mía, la derribaría y construiría otra de un rabioso modernismo. Lo único que conservaría sería el escudo de piedra que hay en la portalada.

—En eso me muestro de acuerdo con usted. Pero, ¿por qué no utilizó el puente?

—Tenía que abrir la puerta, y no quería que nadie se diese cuenta de que salía a estas horas —contestó ella—. Simplemente, me descolgué por la ventana de mi dormitorio.

—Para hacer más incitante la aventura.

—En efecto, así es —concordó Moira, con inusitado acento de gravedad—. Su labor no va a resultar fácil, De!

—¿Por qué?

—Sospechan de mí.

—¿Quiénes?

—Rupert Thames en primer lugar y, en segundo, su administrador, abogado o lo que sea... Este se llama Sam Goodville. Está casado y su mujer es muy hermosa.

—¿Quién es Rupert Thames?

—El actual propietario de Kilbrough House. Chochea —expresó Moira con la irreverencia propia de la juventud.

—Y, a pesar de todo, ¿conserva el suficiente juicio para sospechar de usted?

—Sí, porque Sam y Elisa... Elisa es la mujer de Sum, ¿sane? Bueno, los dos han imbuido en Thames la idea de que yo pretendo traicionarles. Lo cual, a fin de cuentas, es la pura verdad —agregó con toda naturalidad.

Llegaron al campamento de Del. El joven entró en la tienda un instante y volvió a salir con una toalla.

Moira se frotó enérgicamente el cuerpo. Luego agitó los cabellos y le miró. A Del, bajo la luz de la luna, le pareció una ninfa del bosque.

—El té —pidió ella.

—Oh, sí, lo había olvidado. Discúlpeme, Moira.

Ella sonrió.

—Olvidó el té mirándome, ¿no es cierto?

Desde el interior de la tienda, Del contestó:

—Usted me hace sentirme lotófago, Moira.

Salió afuera, con el termo en la mano y un vaso en la otra.

—¿Represento yo para usted una flor de loto? —preguntó ella, pícaramente.

—Algo por el estilo. Los lotófagos olvidaban todo... comer dichas flores. Lo mismo me ha pasado a mí con usted.

—El té está solamente tibio —se quejó ella, con cierre incongruencia.

—Ahorcaré al fabricante del termo. El prospecto garantiza, al menos, doce horas de conservación de la temperatura.

—¿Y cuánto hace que puso el té?

—Antes de mediodía —rio él.

Moira se echó a reír también. Luego, extendiendo la toalla en el suelo, se sentó sobre ella y abrazó sus rodillas.

—Del, esto no es cosa de broma. Puede que usted me califique de loca —hablaba muy seriamente—, y si llegase a entrevistarse con mi tío...

—¿Quién es su tío?

—Rupert Thames. Olvidé decírselo antes, discúlpeme. Bueno, él siempre sostuvo que dentro de mi cabeza no había ni aire siquiera.

—Por lo menos, tiene un pelo muy bonito en el exterior.

—Gracias por los elogios. Hablemos ahora de lo que es más importante.

—Sí. El crimen que se cometió en Kilbrough House hace veinticinco años.

—¿Cuántos tiene usted, Del? —preguntó ella, de pronto.

—Veintinueve cumplidos. ¿Por qué lo dice?

—Curiosidad, simplemente. Hace veinticinco años Mark Kilbrough y su esposa Doris aparecieron muertos. El veredicto del jurado fue homicidio y suicidio.

—Kilbrough mató a su esposa y luego se suicidó.

—Exactamente.

—Si un jurado emitió ese veredicto, es difícil que ahora pueda revocarse, Moira.

—Lo sé, pero tanto o más que castigar al criminal, interesa que su legítimo dueño recupere lo que perdió con aquellas muertes.

—¿Un heredero?

—Sí.

—¿Quién era el heredero de los Kilbrough?

—Su hijo, naturalmente.

—¿Qué le sucedió?

—Desapareció. Nunca más se supo de él.

—Estará en el fondo del lago Kilbroughner —apuntó Del.

—No. El niño no se hallaba entonces en Kilbrough House. Sus padres lo habían dejado al cuidado de unos parientes lejanos, en Liverpool. Acudieron a pasar unos días en Kilbrough House... y murieron.

—Y el asesino fue su tío.

—Sí.

—¿Es usted capaz de acusar a un familiar?

—En cierto modo, no lo es. O lo es solo legalmente. Era el esposo de mi madre solamente. Mi padre se llamaba Spencer y murió cuando yo tenía doce años. Mi madre se casó de nuevo con Thames y murió hace tres años.

—Pero, entonces, es su padrastro —exclamó Del.

—Esa palabra me repugna. Prefiero llamarle tío. Él lo sabe y no le importa.

—Me desconcierta usted, Moira. ¿Tiene algún motivo de resentimiento contra Thames?

—¿Le parece poco, saber que es un asesino?

—Bueno. —Del se rascó la mandíbula con gesto irresoluto—. No sé qué decirle... ¿Qué he de hacer yo para resolver ese endemoniado misterio?

—Pues...

Moira calló de repente. Sus ojos se volvieron hacia la ladera.

—Del —susurró—, creo que viene alguien.

El joven forzó la vista. Un bulto oscuro se movía a corta distancia.

—Espere, no se mueva —aconsejó en voz baja, al mismo tiempo que se ponía en pie.

Dio dos pasos hacia adelante. Sí, el bulto era una persona.

Pero sus movimientos resultaban un tanto raros. Parecía caminar a gatas y no con facilidad, ciertamente.

De pronto, el hombre se derrumbó de costado. Moira lo vio y dejó escapar un sordo gemido.

—¡Dios mío!

Del corrió hacia el individuo, que yacía encogido sobre sí mismo. Al tenderle de espaldas, vio una extensa mancha oscura, que destacaba con siniestro brillo en el centro de su camisa.

Moira llegó junto a Del en dos zancadas.

—¡Es Pipe! —exclamó.

El hombre les miró con ojos velados por la inminencia de la muerte. Una oscura espumilla burbujeó en sus labios, que se movieron, pronunciando unas frases que para Del resultaron ininteligibles.

De pronto, todo su cuerpo sufrió una terrible convulsión. Luego se quedó quieto, con la cabeza doblada a un lado.

—Ha muerto —murmuró Del.

CAPÍTULO III

Moira se tapó los ojos con la mano. Del oyó sus sollozos.

El joven se sentía aturdido. Era la primera vez que se veía envuelto en unas circunstancias tan poco agradables.

Una cosa era escribir novelas policíacas y otra, bastante distinta por cierto, era encontrarse involucrado en un asesinato. Porque no le cabía la menor duda que el hombre, a quién Moira había llamado Pipe, había sido asesinado.

Una puñalada. No se había oído ninguna detonación y, además, la forma de la herida era típica. La sangre continuaba brotando con notable profusión.

Moira se puso en pie y volvió la espalda al cadáver. Inspiró con fuerza varias veces.

—Discúlpeme, Del —murmuró.

—No tiene nada de qué excusarse —contestó el joven—. ¿Conocía usted a Pipe?

—Sí. Ese era su apellido. El nombre era Christopher, aunque todo el mundo le llamaba Chris, abreviadamente.

—¿Qué hacía en Kilbrough House?

—Mayordomo. Llevaba treinta años en la casa.

Del volvió los ojos y contempló el rostro del cadáver. Correspondía al de una persona de sesenta años largos.

—¿Sabía él que usted estaba aquí? —inquirió.

—Sí.

—Eso significa que confiaba en él.

—Era la única persona en quien yo podía contar, de todos cuantos viven en Kilbrough House —declaré la muchacha.

—¿Se imagina por qué le mataron?

—Tal vez quiso avisarme y se lo impidieron.

—Pero él llegó hasta aquí —objetó Del.

—No puedo ofrecerle otra explicación —respondió Moira—. Por favor, me siento terriblemente trastornada... Conocía a Chris desde niña...

Del rodeó sus hombros con un brazo y se alejó un poco del cadáver.

—Trate de serenarse, Moira —recomendó—. Cuando se encuentre

mejor, vuelva a su casa y procure no ser vista. Métase en la cama y, si es necesario, tome un sedante para dormir.

—Ellos saben que yo he salido.

—¿Se refiere a los Goodville?

—Sí.

—Pero no se lo dirán directamente.

—No, no lo creo —convino ella.

—Entonces, si le insinuaron algo, niéguelo. A menos, claro está, que la sorprendan.

—Trataré de que eso no suceda, Del.

—Muy bien. Entonces, usted se vuelve a Kilbrough House y yo me quedo aquí.

—¿Qué hará?

Del se esforzó por sonreír.

—Me veré envuelto en un lío terrible —contestó—. Mañana despertaré y descubriré el cadáver. Iré a dar cuenta a las autoridades de Kilbroughdley y... ¿Comprende?

Moira hipó un par de veces.

—Sí, eso es lo más acertado. —Puso su mano en la del joven—. Creo que hice bien al buscarle. Del. Me encuentro muy sola.

—Es fácil imaginárselo —sonrió el joven—. Perdona un momento, Moira. Chris dijo algo antes de morir, pero no logré entenderlo.

—Mencionaba la tumba de los Kilbrough. También mencionó el nombre de Darryl.

—¿Quién es Darryl?

—El heredero desaparecido.

—¡Ah! —murmuró Del—. Y, ¿dónde está la tumba de los Kilbrough?

—En el cementerio local. Thames mandó construir un suntuoso panteón para ellos.

Del se acarició la mandíbula.

—¿Habrás algo en la tumba? —murmuró.

—Si quiere entrar allí, tendrá que solicitar un mandamiento judicial —apuntó Moira.

—Desde luego, pero yo no soy ninguna autoridad ni represento a nadie con fuerza legal para solicitar ese documento.

Moira se mordió los labios.

—Tal vez haya un medio —murmuró—. De todas formas, hoy no podemos hacer ya nada. Otro día, Del.

—Cuando hayamos solucionado esta papeleta. —Del movió la cabeza en dirección al cadáver—. Mañana se organizará un lío de los gordos. Conviene que usted se mantenga al margen en todo lo posible.

—Lo tendré en cuenta, pero el criminal...

—Purgará su delito, no lo dude. Ahora, contésteme a una pregunta,

Moira, por favor.

—Sí, Del, lo que usted quiera.

—¿Cuáles fueron los motivos... «oficiales» de la muerte de los Kilbrough, hace un cuarto de siglo?

—Infidelidad, Del.

—¿Ella?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con Thames. Mi tío lo negó siempre. El jurado lo exculpó de toda posible relación con el crimen.

—Pero usted cree que él fue el autor.

—Sí, él los mató.

Del consultó su reloj.

—Se hace tarde. Ande, vuélvase. Seguiremos hablando, Moira.

Ella esbozó una sonrisa. Luego le oprimió afectuosamente el brazo.

—He tenido una suerte inmensa al encontrarle —murmuró.

Y se alejó corriendo hacia el lago.

Del observó complacidamente que la muchacha iba a regresar por otro sitio, a fin de engañar a un posible observador de la casa. Al cabo de unos momentos, la perdió de vista.

Luego, regresó a su tienda y se sentó a meditar en la entrada.

Le gustase o no, se dijo, se había metido hasta el: sello en aquel asunto. Y todo por los hermosos ojos y el cimbreante talle de Moira.

De repente, una idea cruzó por su mente. Un frío sudor brotó en el acto de su frente.

¿Y si todo era un engaño?

Había muchas cosas que aún le resultaban incomprensibles.

¿Era lógico que Moira le hubiese elegido solamente por ser autor de novelas policíacas?

¿Y si la muchacha estaba en connivencia con su supuesto tío para cometer un crimen y le habían buscado a él como víctima propiciatoria?

Durante un largo rato, Del se sintió inquieto y desasosegado. No le gustaba en absoluto el papel que estaba desempeñando.

Iría a la policía de Kilbroughdley, contaría lo que sabía y...

De pronto, creyó oír rumor de pasos sobre la hierba, a espaldas suyas.

Quiso volverse. En el mismo momento, algo duro y contundente se abatió sobre su cráneo. Le pareció que la luna estallaba en mil fragmentos de deslumbrante fulgor.

Luego, la luna desapareció de su vista. Entonces, cayó en una noche oscurísima y silenciosa.

Cuando despertó, creyóse ser un personaje de historieta gráfica después de recibir un golpe, con pajaritos cantando a su alrededor.

Los pajaritos cantaban realmente en la arboleda. No era ninguna ilusión suya.

Abrió los ojos y los cerró en el acto. El sol brillaba con fuerza.

Al cabo de unos momentos, se sentó en el suelo, sujetándose las sienes. Un tremendo dolor hacía que su cráneo le pareciese próximo a la explosión.

Dejó pasar unos minutos. Sentíase débil y mareado.

Poco a poco, notó que mejoraba su estado general. Sin embargo, evitó pensar en nada; tenía la impresión de que si concentraba su mente en lo ocurrido, le pasaría algo grave.

Se arrastró hasta el interior de la tienda y buscó en su estuche de aseo. Sacó un frasco de colonia y se frotó la cara, las sienes y el lugar donde había recibido el golpe, en el que advirtió un bulto de tamaño más que regular.

El frescor del alcohol le reanimó considerablemente. Poco a poco, el dolor fue alejándose, aunque de cuando en cuando sentía ciertas punzadas que no tenían nada de agradable.

Consultó el reloj. Eran las nueve de la mañana.

—Después del golpe, continué durmiendo —fue la conclusión a que llegó, después de unos segundos de reflexión.

Pero, ¿por qué le habían atacado? se preguntó.

Salió de la tienda y se puso en pie. Unas gafas de color atenuaron considerablemente el resplandor solar.

Miró hacia el lugar donde había caído Chris Pipe. Sintió una terrible sacudida en todo su cuerpo.

¡El cadáver había desaparecido!

Del corrió hacia el sitio donde había visto tendido el mayordomo de Kilbrough House. La hierba aparecía aplastada aún en algunos lugares, pero no se veía el menor rastro de sangre.

Se divisaban bastantes rastros de pisadas. Del sabía que esto no era ninguna prueba a los ojos de una autoridad.

El cadáver de Pipe había sido transportado Dios sabía dónde, y el asesino, seguramente con algún cómplice, había lavado la sangre que había brotado de la herida.

Con tenacidad y elementos adecuados, se encontrarían rastros de sangre, pero Del sabía que ello solo se podía hacer mediante el concurso de una fuerza policial experimentada. Y no teniendo a mano el cadáver, sin *Corpus delicti*, no había forma de que interviniese ningún policía.

Miró hacia Kilbrough House.

El asesino de Pipe estaba allí. ¿Dónde había escondido a su víctima?

¿Qué excusa darían para justificar la ausencia de Pipe?

Respiró profundamente. ¿Por qué no realizar una exploración visual de Kilbrough House en persona? se dijo.

Concebida la idea, su puesta en práctica fue cuestión de segundos. Momentos después, con aire indiferente, se dirigió hacia el puente que enlazaba la islita con la tierra firme.

CAPÍTULO IV

Vio dos automóviles en el cobertizo: un anticuado «Rolls» y un «Morris 1.100», mucho más moderno. Supuso que Thames debía usar el «Rolls», cuya antigüedad se remontaba a los años 30, calculó.

Cruzó el puente, protegidos los bordes por una barandilla de no demasiada consistencia. Momentos después, ponía el pie en la isleta.

La altura máxima de esta era de unos veinte metros. Un pequeño sendero en la hierba abundante conducía a la portalada de acceso a la casa.

Las piedras eran grises. Estaban en pleno verano y, sin embargo, parecían conservar aún la humedad del último invierno.

El estilo arquitectónico de la mansión no tenía valor artístico alguno. Solamente el escudo, situado sobre la piedra clave de la puerta, esculpido en una gran losa de piedra, poseía un cierto mérito. Moira tenía razón; el mundo del arte no perdería nada con la demolición del edificio y la construcción de uno nuevo y más adecuado, no sólo a la geografía circundante, sino a las necesidades de la vida moderna.

La puerta era un arco de medio punto, de un vago estilo normando, pero sin la pureza del legítimo. Dos grandes hojas de roble, con enormes clavos de hierro, defendían el acceso al edificio.

Le habían visto llegar, dedujo, porque la puerta se abrió antes de que tuviese tiempo de llamar. Una mujer de mediana edad, rostro caballuno y nariz aguileña, apareció ante sus ojos.

Del se quitó el sombrero cortésmente.

—Perdón, señora —dijo—. Me llamo Corween y desearía hablar con el señor Thames, dueño de esta casa, según creo.

La mujer le miró inexpresivamente.

—Pase —invitó con voz neutra—. Iré a ver si puede recibirle.

Del cruzó el umbral.

Hallóse en un espacioso vestíbulo, con grandes losas de piedra como pavimento. A la derecha e izquierda, vio dos puertas que supuso debían dar a sendas habitaciones.

Al fondo, una escalera de madera, con peldaños en voladizo, daba al piso superior. Vigas inclinadas en ángulos de cuarenta y cinco grados, apoyadas en el muro y en el borde externo de la escalera, contribuían al esfuerzo de sustentación de la misma.

La mujer desapareció por la puerta de la derecha. Momentos después, un hombre salía por el mismo sitio.

La mujer salió a continuación, pero se dirigió a una tercera puerta que había al fondo de todo y que Del supuso daba a los servicios de la mansión. El hombre se le acercó contemplándole con moderada curiosidad.

Era un sujeto delgado, de ojos vivaces y cabello escaso y claro. Del calculó que su edad oscilaba entre los cincuenta y cincuenta y cinco años.

—¿Señor Corween? —dijo el hombre.

—Yo mismo —sonrió Del.

—Me llamo Goodville, Rupert Goodville, y soy el secretario personal y administrador del señor Thames. Puede exponerme a mí los motivos de su visita con toda confianza, señor Corween.

Del suspiró:

—Me hubiese gustado hablar con el señor Thames en persona —dijo—, aunque, a fin de cuentas lo que tengo que decirle no es tan importante como para molestarle. Se trata de que estoy de vacaciones y acampo en las orillas del Kilbroughner.

—Muy interesante —sonrió Goodville—. Vacaciones, he ahí algo que solo es una palabra sin sentido para mí.

—En efecto, así es —respondió el individuo—. Y si sólo se trata de una petición tan sencilla, puede usted darla como concedida.

—Se lo agradezco infinito —Del se sentía defraudado; no había habido la menor oposición.

Si Goodville había sospechado algo respecto a él, no cabía la menor duda de que había obrado con insuperable habilidad. Oponiéndose a su petición, no habría hecho sino provocar unos recelos que debía evitar a toda costa.

—Me siento muy satisfecho de haberle podido hacer este pequeño favor —contestó Goodville—. En cambio, lamento no poder invitarle a pasar alguna velada con nosotros; el señor Thames desea tranquilidad en su retiro.

—Lo comprendo. Salúdele en mi nombre y...

Una voz femenina le interrumpió en aquel momento.

—¡Rupert! ¿Dónde estás?

Goodville se volvió hacia lo alto de la escalera.

—Aquí, querida —contestó.

Una mujer apareció arriba y empezó a descender la escalera.

—Oh, no sabía que tuvierais visita —dijo.

—El señor Corween se iba ya —respondió Goodville.

La mujer se les acercó. Era de mediana estatura, ojos oscuros y cabellos rojizos. Las ropas que vestía eran muy ceñidas y hacían resaltar con estallantes curvas las formas de su cuerpo opulento, que Del juzgó de una indudable tendencia a la obesidad. Tendría entre treinta y cinco o cuarenta años, pero era aún muy activa.

—Le presento a mi esposa, Elisa —dijo Goodville—. Elisa, el señor Corween. Está de vacaciones y vino a pedirnos permiso para acampar a orillas del lago.

—Se lo habrás concedido, supongo —contestó la mujer, a la vez que dirigía una cálida sonrisa a Del—. Celebro mucho conocerle, señor Corween.

—Encantado, señora —Del hizo una inclinación de cabeza—. En efecto, me han concedido, y lo agradezco sinceramente, el permiso solicitado. Y puesto que ése era el único motivo de mi visita, habrán de permitirme que me retire.

—Puede permanecer todo el tiempo que guste —indicó Goodville.

—Gracias nuevamente —contestó el joven—. Señor, señora...

Momentos después, cruzaba el lago en sentido inverso.

Un detalle había llamado poderosamente su atención. Eran unas frases pronunciadas por la pareja.

«Vino a pedirnos permiso...»

¿Por qué no había dicho Goodville «pedir permiso al señor Thames»?

Y ella había contestado: «Se lo habrás concedido...» en lugar de: «El señor Thames lo habrá concedido»

¿Acaso se habían convertido en los dueños de Kilbrough House?

Llegó a su campamento. Era preciso justificar la petición, pero había un detalle: carecía de traje de baño.

Por otra parte, si debía seguir allí, necesitaba provisiones. La mayor parte de la carga de su mochila estaba constituida por el equipo de campaña.

Sin pensárselo dos veces, cargó a las espaldas la mochila vacía y emprendió el camino hacia Kilbroughdley. La aldea estaba a unos tres kilómetros, al otro lado de las colinas. Del la atravesó, atajando, hasta llegar al camino que unía el lago con la aldea.

Era una población limpia, había que reconocerlo. Un guardia de uniforme, con casco, le contempló con moderada curiosidad. Del se acercó a él, le dijo que acampaba a orillas del lago y le preguntó por una tienda donde pudiera adquirir provisiones.

—Vaya al establecimiento de Buck Ochirty —contestó el guardia amablemente—. Siga la calle y no tardara en ver la casa. Al lado hay una taberna, El Jabalí Dorado. Lo digo por si tiene ganas de beber una cerveza. En Kilbroughley la elaboran magníficamente.

Del sonrió.

—Tendré en cuenta su consejo. Muchas gracias, guardia.

Momentos después entraba en la tienda. La taberna se hallaba en el edificio contiguo.

Había una mujer sirviendo a los clientes. Del esperó pacientemente a que le llegase el turno.

Al cabo de un rato, la mujer levantó la vista y le miró. Del advirtió una súbita contracción en su rostro. «Parece que me conozca», pensó.

Era una mujer de mediana edad, unos cincuenta años, gruesa y rubicunda. Sus manos temblaron un momento, pero no tardó en rehacerse.

Poco después, Del se acercó al mostrador y expuso sus pretensiones. La tienda estaba bien surtida e hizo un buen pedido, con el que llenó la mochila. Abonó el importe y salió de la tienda, preocupado por el incidente.

La muestra de la taberna, un jabalí pintado de purpura dorada, pendía de un hierro saliente. Del tenía sed y entró en el establecimiento.

Había unos cuantos hombres sentados en varias mesas. Algunos le miraron con curiosidad. Del se acercó al mostrador.

Una muchacha de rostro agraciado le atendió, colocando ante él una jarra de cerveza. Del bebió casi con prisa.

De pronto, oyó una voz en la puerta.

—¡Buck!

Se volvió. La dueña de la tienda se hallaba en el umbral.

Uno de los clientes se levantó a medias.

—¿Qué quieres, Millie? —preguntó.

—Ven —contestó la mujer.

«Se trata de Buck Ochirty y de su esposa», dedujo el joven.

—Mujer, estoy con los amigos... —se quejó Ochirty, un sujeto robusto, fornido, de la misma edad, aproximadamente, que la tendera.

—Te digo que vengas, Buck —insistió ella—. Hay que abrir un cajón y no puedo hacerlo sola.

«Una excusa para hablarle de mí».

Ochirty dejó las cartas con gesto de resignación.

—No se puede ser negociante —gruñó—. Dispensadme, muchachos.

Y salió.

Del continuó bebiendo la cerveza pausadamente. Hubiera dado algo bueno por conocer el diálogo que iba a tener lugar a continuación, entre los esposos Ochirty.

Al terminar de beber, cargo la pipa y la encendió. Luego depositó sobre el mostrador dos monedas de chelín.

—¿Puedo dejar aquí la mochila durante un rato? —preguntó a la muchacha.

—Claro. Todo el tiempo que quiera, señor. Sobra dinero...

—Guárdelo —sonrió Del—. Y muchas gracias.

Puso la mochila en un lugar donde no pudiera estorbar. Luego salió de la taberna.

La calle principal era amplia y permitía ver el panorama al final. Lejos, como a unos ochocientos metros, se divisaba una colina de redondeado trazado. Se veían en ella unas manchas blancas y otras de un verde más oscuro que el pasto que crecía abundantemente por las laderas.

CAPÍTULO V

Caminó tranquilamente, sin mostrar prisas, bajo un sol resplandeciente y sin apenas nubes. Un sendero, rodeado de árboles, conducía al cementerio. En el verdor de la hierba, las corolas de las amapolas, abundantes, ponían un agradable contrapunto de color rojo.

Llegó al cementerio. No había cerca ni tapia. Las tumbas estaban emplazadas de una manera anárquica, aunque con suficiente espacio entre unas y otras. Además de los cipreses, había también robles y olmos. El lugar poseía una belleza melancólica, que llenó el ánimo del joven de un indefinible sentimiento de tristeza, aunque sin amargura alguna.

Había una tumba que destacaba de las demás. Era un panteón, de estilo neogótico, cuya entrada estaba defendida por una artística verja de hierro.

Sobre el dintel se divisaba, en pequeño, el escudo de los Kilbrough. Debajo, había una placa de mármol, con una inscripción en letras doradas, sujeta a la estructura del panteón por cuatro clavos, asimismo dorados.

Del leyó la inscripción.

MARK KILBROUGH

DORIS KILBROUGH

ESPERAN JUNTOS LA LLAMADA DEL ANGEL

No se podía negar el sentido poético del epitafio. Al menos, se dijo, Thames había sido considerado con sus víctimas.

Se acercó al panteón y miró a través de la verja. En la penumbra, divisó dos ataúdes, situados paralelamente. Allí dormían el sueño eterno los protagonistas de una desdichada historia.

Sin darse cuenta, se acercó a la reja hasta tocarla con casi todo su cuerpo. Apoyó una mano en los hierros y, de pronto, notó algo viscoso.

Se miró la mano. Era aceite.

La cerradura había sido engrasada recientemente ¿Por qué?

Alguien había entrado en el panteón no hacía mucho. El aceite que había lubricado la cerradura, oxidado después de mucho tiempo de no ser

utilizada, así lo demostraba.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó de repente una persona.

Del se sobresaltó. Por un instante había creído que la voz brotaba del interior del panteón.

Moira apareció ante sus ojos, surgiendo por la esquina más próxima.

—Me asustó usted —dijo él.

—Lo siento —sonrió la muchacha—. No era mi intención divertirme a costa suya. Pero le vi encaminarse hacia la aldea y supuse que vendría al cementerio.

—¿Por dónde ha venido usted?

—Dando un rodeo, naturalmente.

—La habrán visto salir de casa.

—Claro. Sin embargo, dije que iba a darme un paseo, cosa que suelo hacer con cierta frecuencia. Luego describí una gran vuelta y llegué aquí por la ladera opuesta.

—Entiendo —murmuró él—. ¿Qué tal terminó de pasar la noche?

—Relativamente bien, gracias al sedante. Su consejo me resultó muy útil, aunque al despertar y acordarme, del pobre Pipe... —el esbelto cuerpo de la muchacha se estremeció con fuerza—. Le quería mucho, Del.

—Comprendo —murmuró el joven—. ¿Ha conseguido averiguar algo más?

—No, por ahora.

—Estuve por la mañana en Kilbrough House —dijo Del.

—No le vi —se sorprendió ella—. ¿Cómo se le ocurre...?

—En el pueblo me dijeron que no había inconveniente acampar en la vecindad del lago. Sin embargo, se me ocurrió acercarme a la casa y solicitar un permiso en regla del señor Thames.

—¿Vio a mí tío?

—No. Goodville fue el que me recibió en su nombre. Accedió a mi petición... y conocí a Elisa. Una mujer guapa todavía.

—Sí, es preciso reconocerlo. Ella es la que lo tiene engatusado.

—¿A quién?

—¿A quién va a ser? A mi tío.

—Pero Thames debe de ser ya muy viejo.

—Setenta años corriditos. Sin embargo, ella, con sus contoneos y un par de caídas de ojo, lo tiene chiflado. Con la anuencia interesada del esposo, claro.

—Pero, ¿qué pretenden esos dos pájaros?

—La modificación del testamento, claro.

—No entiendo, Moira.

—Pues es bien sencillo, hombre de Dios. Quieren que cuando Thames muera, Kilbrough House y los terrenos pasen a su poder.

—¿Quién es el actual heredero?

—Yo, a menos que aparezca un día el hijo de Mark y de Doris. Pero no siendo estrictamente pariente de Thames, éste puede modificar el testamento y dejar todo a los Goodville, sin que yo pueda legalmente oponerme.

—Un momento —dijo Del—. Su madre fue esposa de Thames.

—Sí.

—Y usted es heredera de todos sus bienes.

—Cierto, pero, aparte de que solo me legó unos centenares de libras, murió antes que su esposo. La cosa sería diferente de haber sido a la inversa. Yo ya no tengo ningún parentesco consanguíneo con Thames y, en todo caso, el único que podría alegar algún derecho, sería un hijo de Thames y de mi madre. Pero ese matrimonio no tuvo descendencia.

Del se mordió los labios.

—Es cierto —convino preocupadamente—. Si los Goodville obran de modo acertado, para sus intereses, claro, podrían hacerse con Kilbrough House.

—Y una vastísima extensión de tierras, Del. La propiedad forma como una especie de anillo en torno al lago. A partir de la orilla y hasta unos dos kilómetros de distancia de Kilbroughner, toda la tierra pertenece al patrimonio de la casa.

Del silbó.

—Unas ochocientas hectáreas de terreno, aproximadamente —dijo, tras un rápido cálculo.

—Exactamente, ochocientas cuarenta y cuatro —puntualizó la muchacha—. Hay algunos bosques maderables, abundantes pastos, un par de arroyos ricos en pesca... Vale millones la propiedad, Del.

—Entonces se comprende la ambición de esa pareja.

—Por eso quiero yo estorbar sus planes —dijo Moira con ojos brillantes.

Del la miró fijamente.

—¿No habrá otro motivo más... recóndito? —preguntó con toda intención.

El esbelto seno de la muchacha se agitó unos instantes.

—Lo hay —confesó—. Pero todavía no es tiempo de que lo conozca.

—Si pretende que la ayude, debiera conocer todos los detalles —alegó Del.

—Este, no —respondió ella con firmeza—. Dispénseme, Del, pero creo que lo comprenderá cuando llegue el momento.

Del se encogió de hombros.

—Como quiera —murmuró—. Pero ello me indica que encuentro su conducta un tanto extravagante.

—Ya me comprenderá —insistió ella—. Ahora, dígame, ¿qué le han dicho los policías de Kilbrough cuando les denunció la muerte de Pipe?

—Nada.

—¿Cómo?

—Sencillamente, no he denunciado ningún asesinato, al no poder presentar el cuerpo del delito.

—No le entiendo, Del. Anoche no vimos visiones.

—Cierto, pero el cadáver de Pipe ha desaparecido.

Los ojos de Moira se dilataron.

—¡Del! ¡No bromea, por el amor de Dios!

—No es broma —sonrió el joven—. Anoche, una hora, después de haberse ido usted, me golpearon en la cabeza y me dejaron inconsciente. Cuando desperté, bien entrada la mañana ya, el cuerpo de Pipe había desaparecido.

Moira se estremeció.

—¡Dios mío! ¿Quién pudo hacer una cosa semejante? — exclamó.

—El mismo que lo mató, ayudado por algún cómplice. No se me ocurre ninguna otra explicación.

Hubo un momento de silencio. Luego Moira dijo:

—Pipe mencionó algo sobre el panteón, aunque no pude entenderle bien a qué se refería.

Del pasó un dedo por la cerradura y se lo enseñó a la muchacha.

—La cerradura está recién engrasada —señaló.

—¿Habrán traído aquí el cadáver? —sugirió ella.

—No tendría nada de particular. ¿Qué sitio mejor para guardar un cadáver que una tumba?

—En ese caso, debiéramos comprobarlo —exclamó Moira, vivamente—. Y si resulta cierto, avisar a la policía sin más tardanza.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero hay un inconveniente, Moira.

—¿Cuál?

—La llave del panteón. ¿Quién la tiene?

Ella se mordió los labios.

—No lo sé —contestó—. Sin embargo, sé que hay en la casa un viejo armario donde se guardan llaves de todos los tipos. Es posible que una de ellas sirva para el panteón.

—Podría ser, en efecto. En tal caso, fíjese en una llave que muestre señales de haber sido utilizada recientemente. La del panteón tenía que estar oxidada y ahora es posible que encuentre en ella rastros del aceite que puso en la cerradura.

Moira le miró con ojos brillantes.

—Lo averiguaré durante el día. ¿Estará a la noche en el campamento?

—Volveré dentro de poco —sonrió él.

—Muy bien. Entonces, cuando todos duermen, yo le haré señales para que usted esté preparado. Hay luna...

—Luna llena y un cementerio —sonrió Del—. No habrá vampiros en Kilbroughdley, supongo.

—Sí, pero están vivos —contestó ella intencionadamente.

—Comprendo. Bien, lo mejor será que vuelva, Moira, no sea que vayan a sospechar de usted.

—Sospechan de mí desde hace tiempo —contestó ella sonriendo—. Pero no les tengo miedo.

—¿Tiene algún arma secreta?

—Sí. Extrañamente, Thames me tiene en gran aprecio. Mientras él viva o en tanto no haya modificado su testamento, yo estoy segura, ¿comprende?

—Sí. No se atreven a hacerle daño por temor a sufrir las consecuencias del enojo de Thames.

—Exactamente. —Moira volvió a sonreír—. Bien, ¿volvemos a encontrarnos a la noche?

—Por mí, encantado. Si todo termina con bien, para nosotros, claro, podré escribir un argumento verdaderamente sensacional.

—Así lo espero yo —declaró Moira, tendiéndole la mano.

Se separaron. Poco después, Del entraba de nuevo en la ciudad.

Recogió la mochila en la taberna. Cuando salía, vio el «Morris» rojo parado en la puerta de la tienda.

Miró con naturalidad. Goodville estaba hablando con Millie Ochirty.

La mujer parecía aterrada. Goodville daba la sensación de acosarla sobre algo que Del no podía comprender.

Millie Ochirty meneó vigorosamente la cabeza. Goodville sonrió, complacido. Del siguió adelante y ya no pudo ver más.

Frunció el ceño. ¿No sería interesante, se dijo, hablar con la tendera?

Rectificó presurosamente. Con Millie, no; mejor con su esposo. Unas copas desatarían la lengua de Buck Ochirty, más aficionado, a lo que parecía, a entretenerse en la taberna que a vigilar el negocio.

Mientras él volvía a su campamento, Moira, dando un gran rodeo, regresaba a la casa.

Subió a su habitación, se duchó y se cambió de ropa, poniéndose unos pantalones y una blusa sin mangas. Calzó sus pies con unas zapatillas blandas y descendió al piso inferior.

El acceso a la cocina se hacía por la puerta del fondo, situada frente a la entrada. Moira abrió la puerta.

Había un corto corredor a continuación y otra puerta al final del mismo. Entre ambas, a la derecha, se divisaba un pequeño hueco, como de cuarenta centímetros de alto, por sesenta de longitud, cubierto por unas puertecitas correderas.

Moira recorrió una de las puertecitas y examinó atentamente las llaves que pendían de sus respectivos clavos. La mayoría eran antiguas, de gran

tamaño, y casi todas estaban cubiertas de herrumbre, debido a la falta de uso.

En época más moderna, habían sido sustituidas casi todas las cerraduras de las puertas de Kilbrough House. Las llaves, sin embargo, se habían conservado, Moira suponía que tal vez porque no ocupaban ningún lugar necesario. Asimismo, había otras llaves que se usaban con más frecuencia para algunos departamentos de la casa que solían estar cerrados habitualmente.

De pronto, Moira eligió una llave en cuyo extremo parecía advertirse cierto brillo aceitoso. Pasó la yema del índice y la retiró levemente grasienta.

En aquel momento, oyó que se abría la puerta de la cocina, situada a su izquierda. Presurosamente, colocó ambas manos a la espalda, a fin de ocultar la llave del panteón.

Una mujer apareció ante sus ojos. Era la sirvienta de Rupert Thames.

—Señorita, el señor desea verla —dijo la mujer inexpresivamente.

—Iré cuanto antes. Gracias, Gwynna.

—Bien, señorita.

La mujer se retiró. Moira respiró, aunque no del todo aliviada. La puerta descorrida del llavero indicaba sobradamente lo que había estado haciendo.

¿Se había fijado Gwynna en aquel detalle?

CAPÍTULO VI

Mientras ascendía al piso superior, Moira abrigó la esperanza de que la escasa iluminación que había en el rellano hubiese impedido a Gwynna ver el llavero abierto. La llave del panteón estaba ya en su poder y no pensaba soltarla.

Guardóla en uno de los bolsillos de su vestido. Momentos después, entraba en el cuarto del actual propietario de Kilbrough House.

Los ojos de Rupert Thames brillaban bajo unas espesas cejas completamente blancas. Una nariz aguileña y un mentón picudo, junto con las manos sarmentosas, constituían los detalles más salientes de su físico.

Moira avanzó hacia él y quedó en pie, con las manos en la espalda.

—Gwynna me dijo que querías verme, tío —habló —tranquilamente.

—Sí —gruñó Thames—, es a propósito de ese condenado Chris Pipe. ¿Cómo diablos le ha dado la maldita idea de despedirse al cabo de treinta años de servicio a esta casa?

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Quién va a ser? Sam, naturalmente, cuando le pregunté por él.

—Entonces, Sam te dijo, más o menos, que se había despedido de él, sin verte a ti siquiera.

—Así sucedió. Moira, tenemos que buscar un nuevo mayordomo. Kilbrough House no puede seguir en estas condiciones. La cocinera... es solo cocinera y no se le puede exigir más. Y en cuanto a Gwynna, por muy buena voluntad que ponga, no resulta adecuada para un cargo sustitutivo, ama de llaves, por ejemplo.

—De eso ya se encarga Elisa —dijo la muchacha tranquilamente.

—Lo sé. Sam ha dicho que Gwynna podía ocupar el puesto de Chris. Yo opino lo contrario.

—A mí me da igual —contestó Moira—. Lo que sucede es que no querrán que venga un extraño a la casa.

Thames alzó las cejas.

—¿Qué estás diciendo, muchacha? —preguntó con voz agria.

—No habrá nuevo mayordomo. No pueden asesinar a cada mayordomo

que contraten. Con el pobre Chris tienen más que suficiente.

—Moira, si no te explicas mejor... —dijo el anciano con voz impaciente.

—Chris ha muerto asesinado, es hora ya de que lo sepas.

Hubo un momento de silencio. Moira esperó sosegadamente la respuesta del anciano.

—Estás loca —gruñó Thames, al fin.

—Vi a Chris muerto, tío. No se trata de ninguna ilusión. Es la pura verdad.

—¿Tratas de indisponerme con los Goodville? ¿Acaso no estás contenta con mi testamento?

—Ahora no se trata de tu testamento. Hablamos de la muerte de Chris.

—Supongamos que sea verdad lo que dices. ¿Le achacas la muerte a ellos?

—No lo sé, pero tampoco me extrañaría en absoluto.

Thames se removió inquieto en su sillón.

—Hablaré luego con Sam. Pero sigo diciendo que no creo una palabra de tus embustes.

—Como quieras, tío.

—Y si sigues difamándolos, te desheredaré.

Moira sonrió.

—En el momento en que lo hagas, morirás.

—¿Serías capaz de asesinarme? —rugió el anciano.

—Yo, no; ellos, a fin de entrar cuanto antes en posesión de la herencia.

—¡Moira! ¡Te prohíbo que...! ¡Está bien, dejemos este asunto! Ahora, quiero salir fuera de la casa. Empuja la silla.

—Sí, tío.

—Espera un momento. Dame ese libro que hay en aquella mesa. Leeré a la sombra.

Moira entregó el libro al anciano. Luego, situándose detrás del sillón de ruedas, lo empujó hacia la salida.

Una vez en el corredor, en lugar de dirigirse hacia la escalera, giró a la derecha. Al final de la misma, había una puerta, en cuyo umbral daba comienzo una rampa que descendía suavemente por el interior de lo que en tiempos remotos había sido una torre y que ahora formaba parte del conjunto arquitectónico del edificio, sin destacarse externamente del mismo.

La rampa era de sólidos tablones de madera y descendía en espiral, a fin de atenuar en lo posible la pendiente. Al final de la misma, una puertecita daba al exterior de la casa.

Cruzaron el umbral. Thames quedó en el lado oeste de la mansión, todavía en sombras, dada la posición del sol.

—Déjame aquí —gruñó el anciano—. Y olvídate de todas las

insensateces que has dicho.

—Sí, tío. De todas formas... ¿puedo hacerte una pregunta?

—No te garantizo la contestación, Moira.

—Bueno, al menos, lo intentaré. ¿Sabía Chris la verdad de lo que sucedió aquí hace un cuarto de siglo?

Hubo una larga pausa de silencio. Moira, inmóvil, esperaba a espaldas del anciano.

Thames rompió por fin el silencio.

—Moira, puede que no me creas, pero amé muchísimo a tu madre. Ella no se casó conmigo precisamente por amor, sino por tener seguridad y procurártela a ti para el futuro. De todas formas, siempre me guardó un afecto sincero y una devoción leal. Ella no pensaba en mí cómo piensas tú.

—Cada persona piensa siempre de manera distinta a las demás —respondió la muchacha, impasible.

—En tu caso, no es necesario que lo jures. Pero no vuelvas a formularme una pregunta semejante, o tendré que olvidar lo que representó tu madre para mí y las promesas que le formulé cuando se enteró de que su fin estaba próximo. ¿Has comprendido?

—Sí, tío... pero todo lo que has dicho no hará variar un ápice mi forma de pensar —contestó ella, tranquilamente—. ¿Necesitas algo más de mí?

—No. Puedes irte.

—Gracias, tío.

Moira regresó a la casa. Metió las manos en los bolsillos del vestido.

Con la derecha tocó la llave del panteón. Una vez hubiese demostrado irrefutablemente la muerte de Pipe, su tío tendría que cambiar de modo de pensar.

* * *

Del salió al encuentro de la muchacha, con la toalla en las manos. Moira traía consigo un bulto envuelto en lo que parecía una bolsa de plástico y se lo entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó el joven.

—Mis ropas, claro. No pensará qué voy a ir al cementerio solamente con estos dos pedacitos de tela sobre el cuerpo —contestó ella de buen humor.

—Dispense —sonrió Del—. No había dado en ello. ¿Encontró la llave del panteón?

—Sí. Hice tal como me dijo... —Moira hablaba mientras se secaba el pelo—. Una de las llaves tenía claras señales de haber sido aceiteada recientemente. Está aquí, dentro de la bolsa.

Momentos después, Moira se acucillaba y soltaba los cordones de la

bolsa. Sacó una cinta y se ató el pelo en cola de caballo.

A continuación, se puso una blusa y unos pantalones. Calzó sus pies con unas zapatillas blandas y levantó la llave en alto.

—Esto dilucidará el misterio —sonrió.

—Así lo espero —convino Del—. ¿Vamos?

Echaron a andar. A poco, Del preguntó:

—¿Han notado su ausencia, Moira?

—Espero que no. Dormían todos. ¿Sabe que hablé hoy con mi tío?

—Muy interesante. ¿Y cuál fue el tema de la conversación?

—Chris Pipe.

—¿Qué le dijo?

—El cree que Pipe se ha despedido.

—¿Cómo puede aceptar un hecho semejante?

—Porque se lo han dicho los Goodville, Del.

—Comprendo —murmuró el joven—. Y usted le dijo que Pipe había sido asesinado.

—Sí, pero se negó a creerme. Agregó que si seguía difamando a los Goodville, acabaría por desheredarme.

—Perdería usted una gran fortuna, Moira...

—Kilbrough House no me pertenece. Tiene dueño Del.

—Sí, pero mientras no aparezca ese heredero... ¿No se imagina usted dónde puede estar?

Moira apretó los labios.

—Creo que pronto lo encontraré —respondió.

—Entonces tendrá que demostrar que es el auténtico heredero de Kilbrough House, quiero decir, el hijo legítimo de Mark y Doris Kilbrough.

—Lo demostraré —afirmó ella, tajantemente.

Continuaron su camino. Al cabo de unos momentos Del preguntó:

—Moira, ¿por qué tiene usted tanto interés en hallar al heredero?

—No podría vivir en una casa que no es mía, Del. Esto, en primer lugar; y en segundo, no puedo consentir que la propiedad pase a manos que no se la merecen.

—Pero su tío es el actual propietario con todos los derechos —alegó el joven—. Él puede disponer libremente de la propiedad.

Ella le miró con ojos ardientes.

—Murieron dos personas. ¿No le dice eso nada, Del? El joven lanzó un profundo suspiro.

—Moira, su empeño es tan loable como quijotesco. Pero el suceso a que alude ocurrió hace un cuarto de siglo... y un jurado ya dictó su veredicto. ¿Cómo puede modificar lo que ya es inmodificable?

—Del, me defrauda usted. Yo creía que un escritor de novelas policíacas se pondría siempre al lado de la ley y de la justicia.

—Sí, pero con un mínimo de razón, con un mínimo de fundamento

para poder actuar... Y en este caso no hay razón ni fundamento, al menos bajo mi punto de vista.

Moirá sonrió.

—Es que el mío es muy distinto y por eso actúo de esta manera — contestó alegremente.

Del meneó la cabeza. Era imposible resistirse.

CAPÍTULO VII

Avistaron el cementerio unos tres cuartos de hora más tarde, debido a que debieron dar un rodeo, para no pasar a deshoras por el centro de Kilbroughdley. Las tumbas brillaban a la luz de la luna.

Los cipreses parecían negros. Reinaba un profundo silencio en el ambiente.

Despacio, casi con temor, como si fuesen a cometer una profanación, los dos jóvenes se aproximaron al panteón.

Del había ido provisto de una linterna. Alumbró la cerradura mientras Moira insertaba la llave.

La muchacha abrió sin el menor ruido. Del empujó una de las cancelas, que giró silenciosamente sobre sus bisagras.

—Pusieron aceite en todo —murmuró.

El suelo del panteón estaba a unos ochenta centímetros del suelo y se descendía por una escalera de cuatro peldaños. Los dos únicos ataúdes que había se hallaban colocados sobre unos soportes de piedra, que los mantenían separados del suelo de losas de piedra cuadradas.

Las tapas de los sarcófagos quedaban a metro y medio del suelo. La separación entre ambos era de una distancia similar.

Cada uno de los ataúdes, en letras de plata, ya oscura por el óxido, ostentaba el nombre de su ocupante y sus fechas de nacimiento y defunción. Del se sintió embargado por un indefinible sentimiento de emoción.

No obstante, se recuperó al cabo de unos momentos.

—Bien —dijo—, ya estamos aquí. Y ahora, ¿qué, Moira?

—Déjeme la linterna un momento —pidió ella.

Del accedió a su petición. Sorprendentemente, Moira enfocó el haz de rayos luminosos hacia el suelo.

—Está limpio, completamente limpio —dijo.

—¿A qué se refiere usted? —preguntó él, extrañado.

—Al suelo, tonto. El panteón está cerrado solamente por una verja que lo defiende de posibles intrusos, pero no de la entrada de polvo. Los que

estuvieron aquí se dieron cuenta de que sus pisadas quedaban impresas en el polvo acumulado durante veinticinco años y limpiaron el pavimento concienzudamente.

Del pasó el índice por uno de los sarcófagos.

—El ataúd está también muy limpio —observó.

—Claro. Todo el panteón. Así, alguien podrá alegar como disculpa que el interior necesitaba una buena limpieza.

—Comprendo. Bien, y ya que estamos aquí, ¿qué haremos?

Ella le miró. Su rostro quedaba iluminado por la penumbra que producía la luz de la lámpara.

—Chris Pipe está aquí —afirmó.

—En uno de los sarcófagos.

—Justamente.

Del miró a derecha e izquierda. Cada sarcófago estaba cerrado por una gran presilla, cuya pestaña se introducía en el cuerpo del ataúd.

—Olvidó las llaves de los féretros —dijo.

Moira sonrió.

—No —contestó—. Busqué por la noche y encontré otra llave más pequeña. Aquí la tiene.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y se la entregó.

—Abra —dijo.

CAPÍTULO IV

Del lanzó un gruñido.

—Es una idea que no me gusta —murmuró.

—¿Por qué? ¿Tiene miedo de los muertos?

—No. Respeto su descanso, eso es todo.

—Escuche, Mark y Doris se alegraran de que alguien descubra la verdad. Fueron asesinados y ella, además, difamada injustamente. ¿Es que no quiere descubrir al asesino y reivindicar la memoria de aquella pobre mujer?

Del se rindió.

—Usa usted unos argumentos irresistibles —contestó, esforzándose por sonreír.

Segundos más tarde, levantaba la tapa del féretro de Doris Kilbrough. Cerró los ojos un instante.

—Aquí no está —dijo.

Solo había unos huesos blancos y unas hilachas de ropa. Cerró la tapa casi con furia.

—No haga ruido —indicó ella—. Abra el otro.

—Espero que la pobre señora Kilbrough no se haya molestado —rezongó el joven.

El siguiente ataúd contenía solamente los restos del esposo de Doris. Moira miró al joven con expresión de desconcierto.

—Del, si no trajeron aquí el cadáver de Chris, ¿adónde lo llevaron, entonces?

—No lo sé, pero empiezo a creer que el que aceitó la cerradura y las bisagras lo hizo solamente para llevar a cabo lo que usted indicó antes: una limpieza a fondo del panteón.

Moira levantó en alto la llave de los sarcófagos.

—¿También necesitaba aceitar esta llave, Del? —preguntó.

Hubo un momento de silencio.

—Del —continuó ella—, ¿qué buscaban en los sarcófagos?

—No lo sé. No se me ocurre en absoluto. ¿Tal vez algún tesoro?

Moira sacudió la cabeza.

—Es una historia en la que nadie creería. El verdadero tesoro es

Kilbrough House y las tierras que circundan el lago.

—Entonces, no lo comprendo —confesó él—. ¿No habrá otra tumba en el panteón?

—¿Dónde, Del? Solo se ven los féretros...

Del recobró la linterna.

—Tal vez en el fondo del panteón... —paseó la linterna por el suelo, pero las losas no mostraban señales de haber sido removidas recientemente.

Luego escudriñó las paredes. De pronto, en el muro que había frente a la puerta creyó divisar un trozo de color ligeramente distinto al del resto de la pared.

Era como un cuadro de un metro veinte de largo por sesenta de altura y se hallaba justo entre ambos sarcófagos. La distancia de la base al suelo era de unos ciento setenta centímetros.

—Aquí parece que hay...

Del calló de pronto, a la vez que apagaba la linterna.

—Silencio, Moira —susurró.

Ella se le oprimió con expresión temerosa. Del le pasó la linterna en silencio.

—No se mueva —murmuró a su oído.

Sin hacer ruido, se dirigió hacia la puerta del panteón. Antes de salir, asomó la cabeza.

No se veía a nadie. Aquel ruido de unos pies que hacían crujir la gravilla, ¿había sido una ilusión de sus sentidos?

Dio dos pasos fuera y se asomó por la esquina más próxima. En aquel instante divisó una sombra que se alejaba rápidamente, aunque procurando no hacer el menor ruido.

Del se lanzó en persecución del sujeto. El desconocido se dio cuenta y aceleró su marcha.

—Quieto —dijo el joven.

Pero el otro no le hizo el menor caso. Del, más rápido, consiguió alcanzarle y le agarró por un hombro, con ánimo de hacerle volverse de espaldas.

El otro se volvió, efectivamente, pero con algo contundente en la mano. Del quiso evitar el golpe, consiguiéndolo solo a medias.

¿Era una pistola? ¿Un guijarro? ¿Un garrote?

Del vio todas las estrellas. Las piernas le flaquearon y rodó por el suelo, aunque sin perder del todo el conocimiento.

El desconocido se alejó a la carrera. Del se dio cuenta de ello, aunque se sentía impotente para evitar la huida.

Durante unos momentos permaneció tendido en el suelo. Luego intentó levantarse.

Moira corría ya hacia él. Se arrodilló a su lado.

—¿Qué le ha sucedido, Del? —preguntó ansiosamente.

—Alguien nos espiaba. Intenté detenerle y me golpeó.

Del se sentó en el suelo, cogiéndose la cabeza con ambas manos.

—Creía que el cráneo me iba a estallar —agregó.

—Descanse un momento —indicó la muchacha—. Regresaremos enseguida.

Volvió al panteón y cerró la cancela. Luego se reunió de nuevo con el joven.

Del se puso en pie.

—Ya me siento un poco mejor —manifestó—. El fresco de la noche terminará de despejarme.

—¿Reconoció usted al hombre que le golpeó? —preguntó ella.

—No. No tuve tiempo de verle la cara, que por otra parte estaba en sombras, ya que yo tenía la luna frente a mí.

—Comprendo. Pero, a pesar de todo, ¿no pudo distinguir algún detalle particular? ¿No se agarró a él para detenerle?

Del se esforzó por recordar.

—Moirá, ¿cuántos años tiene Sam Goodville?

—Sesenta, quizá alguno más. Menos, en absoluto.

—Entonces, no era él —declaró el joven—. El hombre que me golpeó parecía más joven y, además, mucho más fuerte y robusto.

Moirá se mordió los labios pensativamente.

—Del, en Kilbrough House no hay otros hombres que mi tío y Sam —dijo.

—¿Y mujeres?

—Nosotras dos, es decir, Elisa y yo, la cocinera y Gwynna, la sirvienta.

—Gwynna es la que me abrió la puerta, ¿no?

—Seguramente. La cocinera estaría en su trabajo.

Del se sentía desconcertado.

—Gwynna parece una mujer un poco rara —comentó.

—Lo es. Siempre se aparece cuando menos lo esperas —se estremeció la muchacha—. Yo diría que su ocupación favorita es espiar detrás de las puertas.

—¿Cree que está en connivencia con los Goodville?

—No pondría la mano al fuego por jurar lo contrario, Del.

—No lo sé —murmuró el joven—. Hay demasiadas cosas raras en este asunto... Por ejemplo, ni siquiera sé todavía cómo llegó usted a enterarse de que los Kilbrough murieron asesinados.

—Se lo explicaré en otro momento, Del —contestó ella—. ¿Querrá tener paciencia hasta entonces?

Del sonrió melancólicamente.

—No tengo otro remedio —contestó—. Pero, en lo sucesivo, cada vez que una admiradora me llame por teléfono, colgaré en el acto.

Moira rio suavemente.

—No se queje. Le estoy proporcionando una magnífica diversión y un espléndido argumento para su próxima novela. La Brank le comprará los derechos por una suma fabulosa y...

—Que invertiré por completo en aspirinas, si sigo a este paso —se dolió el joven.

Poco después llegaban al campamento.

Moira realizó la operación a la inversa. Después de desvestirse, metió las ropas en la bolsa de plástico y cerró los cordones.

Del la acompañó hasta la orilla del lago.

—¿La veré mañana? —preguntó.

—Espero que sí —respondió ella—. En todo caso, le haría una señal después de la cena. No conteste usted, bastará con que esté a la espera.

—De acuerdo. Un momento, Moira.

Ella le miró curiosamente.

—Dígame, Del —contestó.

—Cuando... todo esto haya terminado, cualquiera que sea la solución, ¿qué hará usted?

—No le entiendo —dijo Moira.

—Bien, quiero referirme a sus planes para el futuro. ¿Se quedará en Kilbrough House o residirá en Londres?

Ella sonrió.

—No depende solamente de mí, Del —contestó.

—Entonces, ¿de quién depende, además de usted, claro?

Moira seguía sonriendo.

—De otra persona —declaró—. Y de la conducta que observe conmigo cuando... todo esto haya terminado.

—Comprendo —dijo él, envaradamente—. Gracias, de todas formas, por sus respuestas, Moira.

—No hay de qué, Del. Hasta mañana.

La muchacha se sumergió silenciosamente en el agua. Unos minutos más tarde, Del la había perdido de vista.

Regresó a su tienda. Moira estaba comprometida.

O casi comprometida. Lo cual no dejaba de ser una lástima, porque le gustaba muchísimo y no tenía intenciones de permanecer soltero eternamente.

Al cabo de un rato, se acostó. Durmió profundamente hasta bien entrada la mañana.

Al levantarse, miró hacia afuera. El tiempo era excepcional y prometía un día espléndido.

Se acordó de Moira nadando en el lago. Él se había comprado un traje de baño y se dijo que debía estrenarlo antes de desayunar. Además, tenía el permiso del dueño de Kilbrough House.

O, por lo menos, de su representante. Había que justificar la petición de algún modo.

Minutos más tarde se adentraba en el lago a pie firme. Cuando hubo alcanzado la suficiente profundidad, se echó a nadar.

CAPÍTULO VIII

Del nadó durante un buen rato. Las aguas estaban relativamente frías, pese a lo avanzado de la estación, pero supuso que debía ser una constante del Kilbroughner.

La masa líquida era de una total transparencia. La profundidad no era excesiva y, en ocasiones, podía distinguir el color oscuro del fondo.

Al cabo de un rato, fatigado, se tendió de espaldas, a unos cien metros de la orilla y a doscientos de la casa, hacia el este. La isla quedaba, por tanto, en dirección opuesta.

Después de reposar unos minutos, decidió emprender el regreso. Se volvió, pero ejecutó mal el movimiento y se sumergió en las aguas.

Braceó y taconeó enérgicamente para emerger de nuevo. Entonces notó que su pie derecho rozaba con algo extraño.

En el primer momento, encogió la pierna, temiendo se tratase de un reptil acuático. Luego, por instinto, ya con la cabeza fuera, miró hacia abajo.

No era una serpiente de agua, sino algo mucho más grande. La refracción del líquido y la relativa profundidad, sin embargo, le impidieron captar más detalles.

En aquel lugar debía de haber unos cuatro o cinco metros de profundidad. El bulto flotaba entre dos aguas, a unos dos metros y medio o tres de la superficie.

Devorado por la curiosidad, Del se llenó los pulmones de aire, volteó ágilmente y se zambulló de cabeza, lamentando no disponer de una máscara escafandrista.

Aunque la visión resultaba notablemente entorpecida, pudo identificar claramente el bulto.

Era el cuerpo de un hombre, sujeto al fondo por una cuerda atada en torno a su cintura.

Los brazos y las piernas del cadáver de Chris Pipe se agitaron téticamente cuando Del removió las aguas al nadar en torno suyo. Pipe tenía los ojos desmesuradamente abiertos y parecía mirarle con expresión acusadora.

El aire se le agotó y tuvo necesidad de emerger.

Miró instintivamente hacia la isla. No parecía que hubiera nadie en las ventanas observándole.

Se arriesgó a realizar una nueva inmersión. Apresuradamente, registró los bolsillos del cadáver. Piper no había muerto para ser robado.

Encontró una cartera, que metió en su traje de baño. Algunos objetos personales que había en sus ropas no merecían la pena de ser extraídos.

Sentíase profundamente aturdido. Muchas preguntas hervían en su mente, pero no encontraba ninguna respuesta adecuada, excepto para una: ya sabía dónde se hallaba el cuerpo de Pipe.

Moirá podría demostrar a su tío que no le había mentido respecto a la muerte del mayordomo. Pero tendría que presentarle el cadáver y...

Se le ocurrió otra idea, que hizo aparecer una sonrisa en sus labios, mientras nadaba de vuelta a la orilla. Él, o los asesinos, habían llevado el cadáver de Piper al interior del lago, a fin de hacer desaparecer las huellas del crimen. Resultaría interesante demostrarles que habían realizado un trabajo en vano.

Por cierto, ¿cómo habían llevado el cuerpo de Pipe hasta doscientos metros de la orilla? No había ninguna embarcación y, aunque un cuerpo humano podía remolcarse a nado, no sucedía así con la piedra que le servía de ancla.

Tendría que averiguarlo, se dijo.

Luego de secarse, desayunó con buen apetito. Dejo todo en orden, se vistió y, tras arrojar una mirada a la casa, se encaminó a la ciudad.

Cuando estaba a punto de llegar, sonó una bocina a sus espaldas.

El «Morris» le rebasó. Iba pilotado por Elisa Goodville.

La mujer paró a pocos metros.

—¿Quiere que le lleve, señor Corween? —invitó con deslumbrante sonrisa.

—Se lo agradezco mucho —contestó el joven, quitándose el sombrero—. Temo que usted lo tome a descortesía, pero, precisamente, me mueve muy poco en Londres y, cuando estoy de vacaciones, me gusta estirar las piernas.

—A su gusto —contestó la mujer—. Por cierto, si alguna noche se siente aburrido, venga a pasar un rato con nosotros.

—Tendré en cuenta la oferta, señora Goodville. Muchas gracias.

—Hasta que quiera —se despidió ella.

Del se quedó mirando el automóvil hasta que lo hubo visto desaparecer tras las primeras casas de Kilbroughdley. Frunció el ceño, porque se le acababa de ocurrir una idea.

El desconocido que le había golpeado la víspera en el cementerio parecía fuerte y robusto. Del recordaba que llevaba puesta gorra de visera... y un cubrecabezas semejante podía muy bien ocultar una frondosa

mata de cabellos.

¿Acaso se había vestido Elisa Goodville con ropas masculinas para espiarles?

Sería cosa de tomar en cuenta tal eventualidad, decidió al cabo.

Poco después, vio al «Morris» detenido ante la estafeta de correos. Siguió su camino y pasó por delante de la tienda.

Millie Ochirty le vio y le dirigió una mirada indescifrable. El joven siguió su camino y entró en El Jabalí Dorado.

En lugar de dirigirse al mostrador, buscó una mesa, Buck Ochirty estaba jugando a las cartas con unos amigos. El aspecto del sujeto desagradó a Del. Ochirty parecía ser amigo de la buena vida, permitiendo que su esposa se ocupara del negocio, mientras él disfrutaba en la taberna.

La *barmaid* le trajo una cerveza, que tomó a pequeños sorbos. Del continuaba observando a Ochirty.

El hombre acabó por darse cuenta de la observación de que era objeto. Miró unas cuantas veces hacia la mesa de Del. Su expresión era de nerviosismo y aprensión.

A Del no le importaba que Ochirty se pusiera nervioso. Casi lo prefería.

Acababa de descartar a Elisa Goodville como presunta agresora. No, a su entender había sido Ochirty cuyo aspecto, al menos en apariencia, concordaba con el del sujeto que les había espiado la víspera en el cementerio.

De pronto, Ochirty arrojó las cartas sobre la mesa:

—Basta por hoy para mí, muchachos. Se ve que no es mi día.

Encendió un cigarrillo y se puso en pie. Tras algunos segundos de indecisión, se acercó a la mesa del joven.

—El señor no es de Kilbroughdley —dijo.

—En efecto —sonrió el joven—. Soy de Londres y estoy pasando aquí mis vacaciones. Mejor dicho, a orillas del lago Kilbroughner. Pero, por favor, siéntese, señor...

—Ochirty, Buck Ochirty —contestó bruscamente el sujeto.

—Me llamo Del Corween. ¿Qué le apetece para beber? Permítame invitarle, por favor.

—Cerveza, gracias. ¡Ethel, una cerveza!

La *barmaid* acudió al momento. Ochirty sopló la espuma a un lado y luego bebió la mitad de la jarra de un golpe, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

—El lago es muy bonito —dijo al fin, clavando su mirada en el rostro del joven.

—Sí, es un paraje encantador —admitió Del.

—Tenga cuidado —avisó Ochirty—. Algunos han muerto ahogados.

Sé nadar bastante bien.

—Las aguas son traicioneras.

—De todas formas, no cometo imprudencias. Sin embargo, gracias por sus consejos, señor Ochirty.

—Sentiría que le ocurriese algo. Luego, ya sabe, líos con la policía, los periodistas que se entrometen por todas partes... Serían capaces de decir incluso que se había cometido un asesinato para robarle.

—Según tengo entendido, la honradez de las gentes de Kilbroughdley es proverbial —sonrió Del—. Aunque, claro, siempre haya excepciones.

—Aquí no hay ladrones. Al menos, en el sentido literal de la palabra —gruñó Ochirty—. No se puede llamar ladrones a los que merodean por la noche en el cementerio.

—¿Qué me dice? —Del fingió una gran sorpresa—. Ladrones de tumbas?

—Bueno, o quizá se trata de alguna pareja de enamorados que han elegido el cementerio para sus efusiones amorosas. Allí no va nunca nadie... a menos que lo lleven entre cuatro.

—Yo he estado —sonrió Del—. Y, sin embargo, no me llevaron.

—Usted hizo el turista —rezongó Ochirty—. Pero los de la aldea no vamos jamás.

«Está tratando de persuadirme que él no me golpeó» pensó el joven.

—Solo van allí una vez en su vida, ¿no es cierto? —sonrió.

—Exactamente.

Del sacó cigarrillos y ofreció uno a Ochirty. Luego dijo:

—Me contaron una historia muy curiosa de Kilbrough House. Soy escritor, no sé si lo sabrá usted, y tendría interés en adquirir los datos posibles acerca de la misma.

—¿A qué historia se refiere usted?

—A la de los anteriores propietarios de la mansión. Murieron asesinados, creo.

—No. El mató a su esposa y luego se suicidó —le corrigió Ochirty.

—Debió de ser horrible. ¿Por qué la mató? ¿Vivía usted en Kilbroughdley cuando ocurrió aquel espantoso suceso?

—Sí. Tenía veinticinco o veintiséis años. Ella era una..., digamos una mujer coqueta. El marido se enteró y la mató. Luego, aterrado por lo que había hecho, volvió el arma hacia sí y se voló la cabeza.

—Terrible, terrible —murmuró el joven—. Y... ¿quién era el supuesto amante de la señora Kilbrough?

—Se dijo que el actual propietario. Esto es una calumnia.

Del sonrió.

—Al cabo de veinticinco años, no creo que ya le importe mucho la opinión pública al señor Thames.

—Por supuesto, pero si usted piensa escribir algo al respecto, cuide

mucho de lo que dice.

—Tendré en cuenta su consejo, señor Ochirty. Ahora bien, si el señor Thames no era... el amante de la señora Kilbrough, ¿quién era, entonces?

Ochirty apretó los labios.

—No lo sé —respondió.

«Miente», pensó Del.

—Es raro que Kilbrough fuese a descubrir aquí la infidelidad de su mujer —observó.

Ochirty se encogió de hombros.

—Ocurrió... y eso es todo cuanto puedo decirle. Tenga cuidado —repitió.

—Aún no he decidido nada al respecto —contestó Del.

—Se lo digo para que olvide sus propósitos de escribir una novela, basándose en esos hechos.

—¿Desagradaría a alguien?

—Se le podría demandar por difamación.

—Sí, pero, ¿quién? ¿Por qué no habla claro, señor Ochirty?

—Ya le he dicho que no sé quién era el otro...

—Vamos, vamos, no me venga con evasivas. En los pueblos pequeños se sabe todo. Thames no fue, pero usted conoce al otro, ¿no es verdad?

Ochirty vaciló. Del sonrió.

Metió la mano en el bolsillo, sacó la cartera y extrajo un par de billetes de cinco libras.

—Una novela, basada en un hecho real, suele escribirse cambiando los nombres de las personas y de los lugares —dijo—. De este modo, el autor se evita reclamaciones.

Ochirty miró codiciosamente el dinero.

—No lo sé —contestó roncamente.

Del prefirió esperar, aunque sin esconder el dinero todavía.

—Lo extraño es que Thames consiguiera la propiedad, habiendo un heredero de los Kilbrough —dijo.

—¿Heredero? Murió —afirmó Ochirty rotundamente.

—¿Cómo lo sabe usted?

El hombre vaciló.

—No importa. Lo sé... y es bastante. Y el señor Thames, también; por eso se ha permitido rechazar alguna demandas de más de un impostor que fingía ser el hijo de los Kilbrough y quería redamar su herencia. El niño murió.

—Lo asesinaron, como a sus padres. ¿Thames?

—No, no fue Thames...

Del se percató de que Ochirty se arrepentía ahora de haber hablado más de la cuenta. Sonriendo interiormente, añadió un tercer billete.

—¿Continuamos la conversación? —insinuó.

Ochirty se pasó la mano por los labios, con los ojos fijos en el dinero. Del estudiaba cuidadosamente las reacciones de su rostro: la codicia luchaba contra la necesidad de callar.

Al joven ya no le cupo la menor duda: de un modo u otro, Ochirty había sido cómplice de aquellos asesinatos, tal vez también de la muerte del heredero de os Kilbrough.

Pero si Thames, que era quien se había beneficiado con la posesión de Kilbrough House, no había sido, ¿quién era el asesino, entonces?

Repentinamente, se produjo un gran alboroto en la calle.

Una mujer emitió un agudo alarido. Corrió unos pasos y luego cayó redonda, en el centro de la calzada.

Del y Ochirty miraron a través de la ventana. Enormemente asombrado, Del reconoció en la mujer caída a Elisa Goodville.

CAPÍTULO IX

El policía de uniforme que solía pasearse por la calle, corrió hacia la mujer caída. Algunos curiosos, hombres y mujeres, acudían también a la carrera.

Del y Ochirty se precipitaron fuera de la taberna. Del oyó gritar al policía:

—¡Atiendan a la señora!

Y se metió en la tienda acto seguido.

Del miró a la mujer, que era levantada en brazos en aquel momento por unos cuantos voluntarios. El grupo penetró en la taberna. Uno gritó:

—¡Ethel, trae una copa de aguardiente!

Del entendió que la mujer estaba solamente desmayada. Un oscuro presentimiento invadió su ánimo.

Ochirty permanecía irresoluto a su lado.

De pronto, el hombre echó a correr hacia la tienda. Del le siguió en el acto.

Cruzaron el umbral. El policía salió al encuentro de los dos hombres.

—No entres ahí, Buck —dijo.

Ochirty se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó—. Tengo derecho a...

—Calma, Buck —aconsejó el guardia—. Será mejor que te esperes a que venga el médico. A tu esposa le ha ocurrido... algo horrible.

Ochirty se tambaleó.

—¡Dios mío! ¡Es imposible!

Del se escurrió por un lado. Atravesó el mostrador, cruzó la puerta que había a continuación y penetró en la trastienda.

Inmediatamente sufrió un choque terrible.

Millie Ochirty pendía de una viga del techo por una cuerda que le rodeaba la garganta. La silla que había caída en el suelo, indicaba claramente el procedimiento que había usado la mujer para poner fin a su existencia.

El rostro de Millie aparecía horriblemente deformado. Del volvió la

vista, mareado por aquel espantoso espectáculo.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó el policía de pronto.

—Me llamo Delius Corween —contestó el joven—. Estaba hablando con Ochirty cuando oímos gritos y... Soy escritor y resido en Londres habitualmente. Moira Spencer puede garantizarme, agente.

—Ali —dijo el policía sobriamente—. Terrible, señor, ¿no le parece?

—Sí, desde luego.

El policía meneó la cabeza.

—Dejaremos todo sin tocar, hasta que el médico y el juez hayan reconocido el cadáver. Aunque ya me supongo cuál será el dictamen.

—¿Cree usted que la señora Ochirty se suicidó?

—Salta a la vista, señor.

Del frunció el ceño.

A su entender, las afirmaciones del guardia eran prematuras.

En aquella estancia había una ventana, no demasiado grande, que servía para la ventilación más que para... iluminación. La ventana estaba abierta.

Había al pie un cajón de madera. El antepecho se hallaba casi a dos metros del suelo.

Alguien lo había utilizado como escalera para huir después de haber asesinado a Millie Ochirty. O tal vez, también como entrada primero y salida después.

Haciendo de tripas corazón, observó el rostro de la mujer, en el que se veían unos arañazos a ambos lados, así como también en el cuello, cerca de la cuerda que había cortado la vida.

Millie había forcejeado en los últimos momentos de su existencia. Pero también podía emplearse el argumento de que, tras haber quedado suspendida del techo el instinto de sobrevivir había sido más fuerte que sus propósitos iniciales y había intentado quitarse la cuerda que la asfixiaba. Naturalmente, no lo había conseguido.

—No me siento bien, agente —dijo—. Sí... si quiere algo de mí, acampo en las cercanías de Kilbrough House. Allí estaré a disposición de la justicia en cualquier momento.

—Muy bien, señor. Su testimonio será importante cuando se realice la encuesta previa.

—Desde luego.

Del salió de la trastienda. Ochirty estaba en la parte delantera, sentado en una silla, con el rostro hundido entre las manos.

Ochirty debía de haber recibido un duro golpe, pensó. En aquellos momentos, no estaba en condiciones de contestar a ninguna pregunta intencionada.

Hablaría con él en otra ocasión, se prometió. Su esposa había sido asesinada, aunque Del no comprendía en absoluto los motivos.

La gente se agolpaba a la entrada de la tienda. Dos hombres, uno de ellos con un maletín negro en la mano llegaron en aquel instante, abriéndose paso entre la multitud. Eran el médico y el juez locales.

Del aprovechó la confusión para escabullirse. Caminó a lo largo de la calle, hasta encontrar una abertura en forma de angosto callejón, por el que se adentró inmediatamente.

Al terminarse el callejón, giró a su izquierda y anduvo en sentido contrario. No había casas en aquel sector de la aldea, y el campo empezaba casi inmediatamente a continuación. Del estimó que había sido un golpe audaz al realizar el crimen en pleno día.

Millie debía de saber algo. Al asesino no le convenía que lo divulgase; por eso la había matado. Pero, ¿qué sabía Millie?

Llegó a la parte posterior de la casa de los Ochirty. La reconoció por la ventana abierta a dos metros del suelo.

Examinó la base de la pared. Había muchos hierbajos, pero algunos de ellos se veían aplastados. Ello corroboró sus primeras sospechas: la ventana había servido de vía de escape, y tal vez de acceso, para el asesino.

Arrodillándose, escrutó las huellas. Eran de hombre, no cabía la menor duda. Por un momento, había llegado a pensar en Elisa Goodville.

Se puso en pie, contemplando reflexivamente los alrededores de la aldea. A poca distancia, se iniciaba la ladera de una colina, cubierta de árboles y matorrales en su mayor parte. Para el asesino, dedujo, había resultado fácil llegar sin ser visto.

—Entró por la ventana y...

Había un punto débil en aquel razonamiento.

¿Cómo sabía el asesino que iba a entrar Millie Ochirty en la trastienda, en el momento justo?

Cabía que hubiese esperado pacientemente el instante preciso. Pero los posibles clientes de la mujer, podían haber oído algún ruido... por lo menos, el de la caída de la silla. ¿Era entonces cuando Elisa Goodville había salido a la calle en demanda de socorro?

No. Millie estaba muerta ya cuando la encontró Elisa. En el momento de entrar él, y antes el policía, Millie estaba inmóvil. Ello significaba que su muerte se había producido algunos minutos antes.

Era un enigma endiablado, gruñó, en el que lo único que se sabía era que la esposa de Ochirty estaba muerta y que no se había suicidado.

Regresó de nuevo a la calle. Los comentarios se oían por todas partes.

Kilbroughdley estaba sacudida por un hecho prácticamente sin precedentes. La aldea se hallaba en plena conmoción.

Cuando llegaba frente a la taberna, vio que Elisa Goodville salía a la calle, apoyada en el brazo de un individuo. La mujer daba la sensación de hallarse trastornada.

Del se acercó a ella y se destocó cortésmente.

—Señora —dijo.

Ella le dirigió una mirada acongojada.

—Señora, si me lo permite, yo mismo la llevaré en su coche a Kilbrough House —se ofreció el joven—. Creo que no se encuentra en condiciones de conducir.

—Gracias, señor Corween —contestó ella—. En efecto, me encuentro terriblemente trastornada. Fue..., ha sido un golpe espantoso...

Del le ofreció su brazo.

—Lo comprendo. Venga, por favor.

Un hombre se acercó a ellos. Era el juez.

—Señora Goodville, usted fue la primera en descubrir el cadáver —dijo.

—Así es, juez.

—Veo que ahora no se encuentra bien. Iré a Kilbrough House en otro momento, para tomarle declaración.

—Cuando guste, juez.

Del y la mujer caminaron hacia el auto. Momentos después, el escritor ponía el motor en marcha.

Elisa apoyó la cabeza en el respaldo y se tapó los ojos con una mano.

—No sé cuándo podré olvidar un cuadro tan espantoso —murmuró al cabo de unos momentos—. Jamás me imaginé, al entrar en la tienda, que me encontraría a la pobre Millie de... de aquella manera...

—Sí, desde luego —convino el joven, cortésmente.

—Entré... y me extrañó no verla tras el mostrador. Esperé unos momentos, pero en vista de su tardanza en acudir, llamé en voz alta. Al no obtener respuesta, se me ocurrió pasar a la trastienda... Tenía cierta confianza con Millie...

—Comprendo, pero no es necesario que siga hablando, señora Goodville. Trate de olvidar lo que ha visto.

—No creo que lo consiga jamás. Estas cosas se quedan grabadas siempre en la imaginación.

—Entonces, por el momento, vamos a dejar de hablar del asunto —dijo Del con una sonrisa—. Está usted trastornada y debe evitar todo comentario sobre el particular.

—Es usted muy amable, señor Corween —contestó Elisa con voz desmayada.

Minutos después, Del paraba el coche bajo el cobertizo. Ayudó a salir a la mujer y la acompañó a través del puente.

La puerta de la casa se abrió antes de que llegaran. Gwynna apareció bajo el dintel, pero casi en el acto, Moira se hizo también visible.

—¡Elisa! —exclamó la muchacha, atónita. Luego miró a Del, desconcertada—. ¿Le ha sucedido algo?

—La señora Goodville ha presenciado un terrible suceso —contestó el joven—. Se siente mal...

—Venga conmigo, señora —dijo Gwynna.

Elisa se despidió de Del con una sonrisa de circunstancias. Moira y Del quedaron juntos en la portalada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Moira, devorada por la curiosidad.

—Millie Ochirty ha aparecido ahorcada en la trastienda de su establecimiento —contestó el joven.

Los ojos de la muchacha se dilataron enormemente.

—¡Dios mío! ¿Quién...?

—Aparentemente, ha sido suicidio. Pero estoy seguro de que la asesinaron.

—¿Por qué?

—No conviene que sigamos aquí. Hablaremos más extensamente a la noche.

Ella le miró fijamente.

—Iré sin falta, Del —prometió.

En aquel momento, salía Sam Goodville.

—Elisa me ha contado, por encima, algo de lo ocurrido —dijo el hombre—. Le agradezco mucho la atención que ha tenido para mi esposa.

—Era mi obligación, señor Goodville —sonrió Del.

—Elisa no se encuentra ahora en condiciones de atenderle. Venga en otro momento y ella misma le dará las gracias personalmente.

—No tiene ninguna importancia, repito. Lo único que deseo es que la señora Goodville se reponga cuanto antes.

—Es fuerte. Pronto estará bien —aseguró el individuo.

Entonces, Del se dio cuenta de que el rostro de Goodville aparecía encarnado y sudoroso, como si hubiese estado practicando un fuerte ejercicio hasta unos momentos antes.

En aquel instante, adquirió la convicción de que se hallaba frente al asesino de Millie Ochirty.

—Tengo que irme —dijo.

—Venga cuando quiera —insistió Goodville. Y luego se metió en la casa.

Miró a Moira. Ella le contemplaba con extrañeza.

—Usted sabe algo más de lo que aparenta —susurró la muchacha.

—Sí —contestó él, sobriamente—. Pero no le diré nada hasta la noche.

—Conforme. Por nada del mundo dejaría de acudir...

Una voz agria sonó en aquellos instantes en el interior del vestíbulo.

—¡Moira! ¿Qué haces ahí, charlando con desconocidos?

Del miró por encima del hombro de la muchacha. Su asombro fue enorme al ver a un sujeto que se movía en un sillón de ruedas.

—Es el señor Corween, tío —contestó Moira, volviéndose hacia el inválido—. Creo haberte hablado de él.

Thames se acercó a la pareja y miró al joven de hito en hito.

—Usted es el que acampa en las cercanías, ¿no es eso? —preguntó.

—En efecto, señor Thames. El lugar es muy ameno y por ello me atreví a pedir permiso para montar mi tienda a orillas del lago.

—El permiso se lo concedió Goodville.

—Sí, señor Thames. En su nombre, por supuesto.

—Está bien. No voy a deshacer lo que hizo Sam, pero le diré que no me gusta que los turistas invadan mis tierras. Si esto se llena de gente, Kilbrough House dejará de ser un lugar tranquilo. Y yo necesito tranquilidad; no me gustan los curiosos.

—Siento haberle molestado, señor Thames —se excusó el joven.

—No diga lo que no siente —refunfuñó el irritable anciano—. Moira, súbeme a mi habitación.

—Sí, tío.

Moira dirigió una rápida sonrisa al joven. Luego, empujando la silla de ruedas, desapareció en el interior de la mansión.

Del emprendió el regreso a su campamento. Hasta que se hiciera de noche, se vería obligado a permanecer inactivo.

Pero apenas llegó la oscuridad, se puso el traje de baño y se zambulló en el lago.

Sujeta al cinturón del bañador llevaba una navaja además de otro objeto. Todavía no había salido la luna y la oscuridad era absoluta.

Al cabo de unos minutos, llegó al lugar donde suponía se hallaba el cadáver de Pipe. La otra cosa que llevaba era una bolsa transparente de plástico, convenientemente cerrada para hacer impermeable su interior al agua, ya que la linterna que estaba protegida por tan ingenioso procedimiento, era corriente y no de las usadas en pesca y exploraciones submarinas.

La linterna no era muy potente en cuanto a luminosidad, pero, filosóficamente, Del se dijo que era más que nada. Tuvo necesidad de realizar varias inmersiones antes de dar por fin con el cadáver del desdichado Pipe.

La cuerda estaba tirante, lo cual significaba que el cadáver tendía a flotar. El proceso de descomposición orgánica se había iniciado ya.

Subió a la superficie, se llenó los pulmones de aire y volvió a zambullirse, ya con la navaja abierta. Procuró cortar la cuerda cerca del fondo.

El cuerpo emergió enseguida. Del ascendió una vez más y, asiendo el extremo libre del cabo, empezó a nadar hacia la isleta donde se asentaba Kilbrough House.

CAPÍTULO X

Cuando llegó a la orilla, se sentía casi exhausto. Empujó el cadáver de Pipe y lo sacó a tierra firme, casi del todo. Solo las piernas quedaban dentro del agua.

La oscuridad era absoluta. Aún no había salido la luna.

Cerca de él, a unos cincuenta metros, se divisaba la oscura mole de la mansión. En el extremo más cercano al puentecillo, se divisaban un par de ventanas iluminadas. Del comprendió que debían ser las que daban al comedor.

Al cabo de unos momentos, se sintió mejor. Púsose en pie y, con las debidas precauciones, se acercó a la casa.

Miró a través de las ventanas iluminadas. Sam Goodville, Elisa y Moira terminaban de cenar. Gwynna, el ama de llaves, servía a la mesa.

Se retiró. Poco iba a averiguar, quedándose allí. Lo que le convenía era regresar a su campamento, para aguardar a Moira. Sabía que la muchacha acudiría aquella noche. La muerte de Millie Ochirty debía de haber excitado considerablemente su imaginación.

Sonrió al pensar en lo que ocurriría al día siguiente cuando los Goodville descubriesen el cuerpo de Pipe en la orilla de la isla. Ellos creían tenerlo bien seguro en el fondo del lago.

Se acercó a la orilla. La pendiente era suave y se adentró unos pasos antes de echarse a nadar. De repente, el fondo le falló y se hundió a plomo.

Braceó enérgicamente y volvió a emerger, desconcertado por aquella inesperada sumersión. Miró en torno suyo, sin comprender muy bien lo que ocurría. ¿Por qué le había fallado el terreno repentinamente bajo los pies?

La islita tenía la forma curvada de un cetáceo gigantesco y sus pendientes eran muy suaves. No se comprendía, pues, aquella caída a plomo del terreno sólido.

De repente se sintió intrigado. Zambulléndose de nuevo, se sumergió un par de metros, con la linterna encendida. La luz le reveló la existencia de un túnel subacuático de unos dos metros de diámetro. El techo del túnel se

hallaba a poco más de un metro de la superficie.

Salió afuera para tomar aire, irresoluto y vacilante. Parecía lógico suponer que el túnel conducía al interior de Kilbrough House. ¿Debía seguirlo?

El cuerpo de Pipe yacía a pocos pasos de distancia. Una divertida sonrisa se formó en los labios.

Minutos más tarde, Del se adentraba en el túnel llevando a remolque el cadáver del mayordomo. A los pocos metros de la entrada, el techo del túnel se elevaba lo suficiente para que pudiera sacar la cabeza.

La linterna le permitía ver sin dificultades. Treinta metros más adelante, el suelo del túnel emergía fuera del agua.

Divisó una pequeña balsa neumática apartada a un lado. Ello le hizo comprender sobradamente el modo cómo Pipe había sido llevado lejos de la orilla. También la balsa había servido para la piedra que hizo de ristre.

Al fondo, divisó una puerta de sólidos tablones. Se acercó y tanteó el cerrojo de hierro, que descorrió sin dificultades. Asomó la cabeza y se encontró en un hueco circular, por cuyas paredes ascendían los peldaños de una escalera de caracol.

Momentos después, asomaba a un lugar espacioso, vacío, circular también, en donde divisó una rampa que conducía al piso superior. No le resultó difícil suponer para qué servía la rampa. Además, conservaba en la memoria los planos que le había facilitado Moira y reconoció el lugar.

Subiendo por la rampa, llegó al piso superior. Tanteó el pomo de la puerta, que no estaba cerrada con llave. Empezó a abrirla lentamente.

Asomó la cabeza. Rupert Thames estaba en su sillón de ruedas, vuelto de espaldas a la puerta y con la cabeza doblada sobre el pecho. Su respiración era rítmica y sosegada, lo cual le indicó que dormía.

Entró en la habitación, con una audacia de la que no se hubiera creído capaz. Adosado a uno de los muros vio un *secretaire*, hacia el que se dirigió sin vacilar.

Había allí algunos papeles y documentos que hojeó rápidamente, sin que obtuviese de ello nada positivo. Los cajones estaban cerrados con llave.

Hallándose Thames en la estancia, era imposible forzar los cajones con la navaja; haría ruido y el inválido despertaría de inmediato. No tenía otro remedio que regresar.

Sobre el escritorio divisó una fotografía. Era la de una mujer que debió haber sido muy bella en su juventud. El parecido fisonómico le dijo en el acto quién era: la madre de Moira y esposa de Thames, ahora difunta.

Una súbita idea se le ocurrió de repente. A veces, se dijo, la gente guarda cosas —papeles y documentos importantes— detrás de una fotografía con marco. Dio la vuelta al retrato y desmontó rápidamente el armazón posterior.

Se felicitó de su intuición. Unos papeles cayeron sobre el escritorio, y también una fotografía.

La fotografía representaba a una hermosa joven con un niño de dos o tres años en sus brazos. Era de tamaño inferior al del retrato de la madre de Moira y en su parte posterior se leían unos nombres y una fecha.

Las imágenes retratadas pertenecían a los Kilbrough, madre e hijo. El niño debía de ser el heredero desaparecido.

Leyó los documentos. Eran dos duplicados de un mismo testamento, en que se legaban Kilbrough House y los terrenos colindantes al heredero del matrimonio. Del se preguntó por qué Thames guardaba el testamento en aquel lugar.

El testamento estaba fechado veintiséis años atrás y firmado por Mark Kilbrough. Seguramente, se dijo, no había surgido a la luz pública y, gracias a su acción, Thames había conseguido quedarse con la propiedad.

Sin dudarle, guardó fotografía y documentos en la bolsa de plástico donde tenía la linterna. Luego se encaminó hacia la puerta y descendió por la rampa en dirección al túnel.

Momentos después, estaba nadando por las aguas del Kilbroughner hacia su campamento. Cuando llegó, buscó la toalla que había dejado prevenida y se secó rápidamente.

—Creí que no iba a venir nunca —dijo, de repente, la voz de Moira—. ¿Dónde ha estado, Del?

La muchacha avanzó hacia él. También debía haber usado el mismo medio para llegar al campamento, porque se la veía ataviada solo con el «dos piezas».

—Investigando —sonrió Del—. Y dejándoles un regalito a los Goodville.

—¿Qué está diciendo, Del? —se extrañó Moira.

—Espere un momento a que termine de secarme. Hablaremos mejor debajo de la tienda.

Al cabo de un par de minutos, Del y Moira entraron en la tienda, bajo la cual debían permanecer sentados dada su escasa altura. Del sacó cigarrillos y los dos fumaron unos segundos antes de que él rompiera el silencio.

—Encontré el cadáver de Pipe, Moira.

Ella le miró con ojos de pasma.

—¡Cielos! Del, explíqueme cómo lo hizo.

Del relató puntualmente todo lo sucedido hasta unos minutos antes. Moira le escuchó con toda atención, sin interrumpirle ni un solo instante.

Cuando terminó, dijo:

—De modo que ha encontrado usted lo que parece ser el testamento auténtico de Mark Kilbrough.

Del tenía una lámpara de acampada y la encendió. Confiaba en que los

matorrales que tenía delante ocultasen la mayor parte de su resplandor.

Abrió la bolsa de plástico y le enseñó la fotografía y los documentos. Moira examinó pensativamente uno y otros.

—No cabe duda: Thames fue el autor de aquellas dos muertes.

—Pero no se puede emprender ya acción legal contra él. Un jurado dictó un veredicto imposible de anular ahora, al cabo de veinticinco años; y, además, ¿de que serviría el castigo? ¿No le parece bastante castigo tener que verse amarrado a una silla de ruedas?

—Si él cometió los crímenes, no debemos dejarnos influenciar por sus circunstancias actuales —declaró Moira resueltamente. Agitó los papeles—. Esto debe servir para desposeerle de lo que usurpa legítimamente.

—¿Y quién se quedará con Kilbrough House? ¿Usted?

—El hijo de Mark y Dodis Kilbrough, Del.

—Sí, pero ese muchacho no ha aparecido siquiera. Nadie sabe dónde está ni qué ha sido de él, ni si está vivo aún.

—Muy bien, entonces, permitiremos que Thames declare a los Goodville como herederos —dijo Moira con acidez.

—Escúcheme, muchacha —contestó Del pacientemente—. Creo que yo ya he hecho más de lo que debía. O menos, según se mire, porque se ha cometido un asesinato y no he dado cuenta a la autoridad. De Millie Ochirty no quiero hablar por el momento, ya que parece que ha sido un suicidio.

—La asesinaron también.

—Lo sé, pero esa muerte ha sido hecha pública y nosotros no podemos intervenir. Es la de Pipe a la que yo me refería. Usted, ahora, puede hablar con Thames y decirle que ha descubierto el verdadero testamento, aunque sin decirle dónde está. Lo que haga después, dependerá de sus contestaciones.

Moira reflexionó unos momentos.

—Muy bien, pero guarde esos documentos —respondió al cabo—. Le hablaré mañana, en cuanto haya despertado.

—¿Cuándo nos veremos nosotros?

—A estas mismas horas —respondió ella sin vacilar.

—De acuerdo, pero tenga cuidado, Moira.

Ella sonrió.

—Recordaré su consejo. Y salió de la tienda.

Del la siguió.

—Me gustaría saber qué fue del heredero —murmuró.

—Puede que no tarde mucho en conseguir sus deseos —respondió—. Hasta mañana, Del.

—Hasta mañana, Moira.

Cuando ella se hubo alejado, Del regresó a la tienda. Cargó la pipa y la encendió.

Estuvo largo rato pensativo. Luego, sintiéndose cansado, se introdujo en el saco de dormir y poco después caía en un profundo sueño, del que no despertó hasta que se hizo de día.

Al abrir los ojos sintió como un chispazo en su mente.

—Bien dicen que la almohada es la mejor consejera —murmuró—. Ahora ya sé dónde está el heredero de los Kilbrough.

Se preparó el desayuno. Una vez hubo terminado, se vistió convenientemente y se dirigió a Kilbroughdley donde realizó algunas compras.

La aldea seguía aún conmocionada por la muerte de Millie Ochirty. Del intentó hablar con su viudo, pero no lo consiguió; la tienda estaba cerrada y Buck, según le dijeron, se hallaba dentro, acompañado de un par de fieles amigos, sin querer recibir visitas.

No parecía correcto insistir, por lo que Del se vio obligado a regresar al campamento cargado con las compras. Debía esperar a que se hiciese de noche para reunirse con Moira y poner en práctica el plan que había concebido.

CAPÍTULO XI

Moira se asomó a la puerta de la habitación.

—¿Puedo pasar, tío?

—Claro —gruñó el inválido—. ¿Qué quieres ahora? —Hablar contigo unos momentos, si no te importa.

—Tanto si me importa como si no, hablarás —respondió Thames, sarcásticamente—. ¿De qué se trata?

Moira se situó frente a la silla de ruedas. Vestía un sencillo jersey sin mangas, de color rojo, pantalones negros y sandalias romanas. Su frondosa cabellera estaba sujeta a la nuca, en cola de caballo, por un gran lazo rojo. Puso las manos atrás y miró fijamente al inválido.

—Tío, ¿eres el dueño legal de Kilbrough House? —preguntó.

Thames le dirigió una mirada de impaciencia.

—¡Qué cosas tienes! ¿Acaso lo dudas?

—Muy seriamente, tío.

—Moira, si has venido con ganas de sacarme de mis casillas, ya puedes largarte con viento fresco —respondió el anciano abruptamente.

Ella no se inmutó.

—Hay un testamento en el cual Mark Kilbrough instruye como heredero universal a su hijo Darryl. Por tanto, tú estás usurpando algo que no te pertenece.

Una singular sonrisa se formó en los labios del anciano.

—¿Y cómo has venido tú en conocimiento de ese pequeño detalle? —preguntó.

—Eso no importa ahora, tío; lo interesante es que...

—¿Has visto la fecha de ese testamento?

—Sí. La recuerdo perfectamente.

—Muy bien. —Thames metió la mano en uno de los bolsillos de su batín, sacó un manojo de llaves y eligió una—. Toma, entrometida; abre el tercer cajón de la derecha y saca un sobre grande que verás en él.

Moira le miró un instante y luego hizo lo que le decían.

—Abre el sobre y lee el documento que hay en su interior —siguió el inválido—. Sobre todo, compara las fechas... y te aseguro que no es ninguna falsificación.

Moira leyó el documento. Al terminar la lectura, se sentía deprimida y desconcertada.

—Como verás —dijo Thames—, la fecha de ese testamento es posterior a la del que tú conoces y en él se ha introducido un codicilo por el que se me instituye heredero de Kilbrough House y sus tierras, caso de que muera Darryl Kilbrough.

—¡Pero Darryl Kilbrough está vivo! —protestó ella enérgicamente.

—Te equivocas. Murió hace muchísimos años...

—¡No, no y mil veces no! ¡Darryl está vivo, te lo aseguro, tío!

El anciano se impacientó.

—Tengo poderosos motivos para saber con certeza que el niño murió. Por lo tanto, Kilbrough House es mía.

Moira volvió a mirar el testamento.

—¿Por qué te dejó Mark la propiedad? —preguntó.

—Éramos parientes en tercer grado. El único pariente que le quedaba, Moira, aparte de los Corween, más lejanos aún, pero ellos no son parientes míos.

—Pero ellos eran jóvenes. Podían estar aún vivos. Y no hablemos del niño. Su muerte fue anticipada.

—¿Crees que lo hice yo?

El pecho de la joven palpitó tempestuosamente, mientras que sus ojos despedían llamaradas.

—Sí —respondió con acento tajante.

—¡Qué equivocada estás! Pero no te sacaré de tu error, si es eso lo que deseas pensar. —Los ojos del anciano se cubrieron durante unos momentos de un velo de melancolía—. No los maté yo... pero no me importa lo que pienses de mí, repito. Y si no fuese porque eres hija de quien tanto amé...

—Me desheredarías, ¿no es cierto?

—Puede que lo haga, muchacha.

Moira, alzó la barbilla orgullosamente.

—No me importa en absoluto. Kilbrough no te pertenece a ti, ni tampoco me pertenece a mí. Y aunque tú asegures lo contrario, el heredero está vivo; él es el legítimo dueño de la propiedad. ¡Desherédame cuando quieras! —terminó con acento desafiante.

—Me gustaría estar sano; te iba a dar unos buenos azotes en... ahí —gruñó el anciano—. Guarda ese testamento donde estaba.

—De acuerdo, pero...

—No me repliques más; conseguirás levantarme dolor de cabeza. Ahora, sácame a tomar el sol.

Moira dudó unos momentos, pero acabó por obedecer. Antes de separarse del anciano, ya en el exterior de la mansión, dijo:

—Si me desheredases a mí, ¿a quién iría a parar la propiedad?

—A los Goodville, por supuesto.

—¿A esos asesinos?

—Moira, no seas deslenguada. Son mis dos mejores amigos.

Ella sonrió.

—¿Sabes qué me recuerdan cada vez que los veo? Parecen dos buitres encaramados en la rama de un árbol, esperando a que muera su presa para saltar sobre ella y devorarla. Solo que en este caso es posible que la muerte de esa presa, tú, por si no lo sabías, llegue a... anticiparse, como ocurrió con los Kilbrough.

Dicho lo cual, giró sobre sus talones y se encaminó de nuevo hacia la casa.

Cuando entraba, Thames gritó:

—¡Dile a Sam que venga; quiero hablarle!

* * *

Aquella noche, Del conoció puntualmente el desarrollo del diálogo sostenido por Moira y su tío.

—¿En qué se basa usted para afirmar con tanta rotundidad que Darryl está vivo todavía? —preguntó al cabo.

—Se lo diré mañana —respondió ella—. Estoy decidida a acabar de una vez este endiablado asunto.

—¿Por qué mañana y no hoy? —preguntó Del.

—Fui después de comer a la aldea y puse un telegrama. Espero la respuesta... y cuando la tenga, saltará todo en mil pedazos.

—Es usted el mismísimo demonio —sonrió Del—. Bien, ¿qué le parecería hacer de nuevo otra excursión al cementerio?

Moira le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Qué vamos a hacer allí? —preguntó.

Del se inclinó y recogió un saco que tenía ya dispuesto. Luego, asiendo a la muchacha por el brazo, la empujó hacia el camino.

—También a usted le conviene un poco de «suspense» —respondió de buen humor.

—Le advierto que no me he traído la llave del panteón.

—No importa. Está abierto; déjela verja sin cerrar la última vez que estuvimos..., que fue precisamente la primera.

—No le comprendo, Del —dijo Moira.

—Puede debiera utilizar mejor esa linda cabecita. Recuerde lo que dijo el pobre Pipe segundos antes de morir.

Ella sé sobresaltó.

—Creo que empiezo a comprenderle, Del —murmuró.

—No sabe cuánto me alegra oírla hablar así —respondió el joven.

Una hora más tarde penetraban en el panteón. Del entregó la linterna a la muchacha.

—Haga el favor de alumbrarme mientras trabajo —pidió.

Del se inclinó, abrió el bolso y sacó unas herramientas, entre las cuales figuraban un pesado martillo y un escoplo. Luego, sin más demora, se acercó a la pared del fondo y empezó a usar las herramientas, aunque procurando hacerlo poco a poco, a fin de evitar ruidos excesivos que, aún necesarios, resultaban inevitables.

Del confiaba, sin embargo, en la soledad y en la distancia del cementerio a la aldea para que no se oyese los ruidos. Trabajó rápida y tenazmente, mientras Moira, alumbraba con la linterna la pared.

Poco a poco, el cemento que había servido para sudar las piedras fue saltando. Al cabo de un par de horas, Del consiguió desencajar cuatro piedras, que separó con todo cuidado.

Un pequeño ataúd quedó a la vista de los dos jóvenes. Moira estaba muda de asombro.

—Mi tío tenía razón —murmuró.

—¿Lo abrimos?

Ella denegó con la cabeza.

—No, déjelo, Del —contestó.

El joven le cogió la linterna y examinó el interior de la oquedad. En el fondo distinguió un tubo de metal que extrajo en el acto.

El tubo estaba hueco y había sido soldado. Del lo forzó con la ayuda del martillo y el escoplo. Una vez abierto, vio que había un documento enrollado en su interior.

Extrajo el documento y lo leyó. Era una partida de defunción, firmada por el doctor B. M. Kempton, de Hadbury Road, 243, Liverpool, y estaba fechada veintitrés años antes.

Del enseñó el documento a la muchacha.

—Los restos que yacen ahí son los de Darryl Kilbrough —dijo.

Ella asintió pensativamente.

—Desde luego, ahora ya no cabe la menor duda —murmuró—. El heredero murió... y mi tío pasó a ser propietario de Kilbrough House. Pero, ¿por qué lo calló?

—Usted no vivía entonces, Moira. ¿Cómo sabe que calló?

La muchacha señaló la tumba abierta.

—Parece lógico suponerlo. Sus padres yacen en sendos féretros. ¿Por qué al muchacho le sepultaron en otra tumba sin ninguna inscripción? ¿Por qué querían ocultar que al otro lado de esas piedras estaba enterrado el heredero de Kilbrough House?

—No lo sé —respondió el joven—, pero, en todo caso, ya no queda la menor duda de que Darryl Kilbrough murió a los cuatro años.

Apenas uno después de haber muerto sus padres —dijo Moira.

—Así parece —convino Del—. ¿Hablará con su tío?

Moira le miró con expresión vacilante.

—¿Qué me aconseja usted, Del? —preguntó.

El joven reflexionó unos instantes.

—Cualquier cosa que le diga resultará ya inútil. Ha pasado demasiado tiempo y aunque no le guste, es imposible hacer nada al respecto. Déjelo seguir y conviértase en su día en la heredera de Kilbrough House.

—Pero...

Del oprimió con suavidad el brazo de la muchacha.

—Moira, su empeño ha sido admirable, aunque inútil. Darryl murió, no hay que darle más vueltas. Usted dice que su tío niega ser el asesino de los Kilbrough; parece ser que es verídico.

Moira movió la cabeza afirmativamente.

—Por lo tanto —continuó Del—, no debe remorderle la conciencia si acepta el testamento. Deje que todo siga como está..., es decir, todo menos una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Moira.

—Los Goodville. Haga que su tío los eche de Kilbrough House. Y a Gwynna también. No son buena gente, créame; si siguen allí, su vida será un infierno.

—Trataré de convencerle, pero Sam y Elisa le tienen completamente dominado, pese a lo que pueda aparentar.

—Ellos mataron a Pipe. Tendríamos que denunciarlos a la policía, pero resultaría difícil probar que cometieron ese crimen.

Moira frunció el ceño.

—Hay una cosa que nunca me he explicado —murmuró—, y es por qué mi tío, que parece tan autoritario se ha dejado dominar siempre por los Goodville.

—¿Ocurría esto también cuando vivía su madre, Moira?

—No. Ellos no vivían aún en Kilbrough House, pero llegaron a las pocas semanas y mi tío les aceptó sin objeciones.

—Le voy a sugerir una idea, Moira. ¿Por qué no intenta averiguar a qué se debe esa especie de dominio que ejercen los Goodville sobre su tío? Una vez que conozca los motivos, resultaría sumamente fácil... digamos atacarles, ¿no cree?

—Lo intentaré, se lo prometo —contestó ella con ojos brillantes—. Sí —agregó—, es una buena idea y merece ser llevada a la práctica.

—Mientras tanto —continuó él—, yo procuraré entrevistarme con Buck Ochirty. A mí no hay quien me haga creer que Millie se ahorcó. La asesinaron... y tanto ella como su esposo sabían algo —Buck continúa sabiéndolo, por supuesto— respecto al trágico suceso que ocurrió en Kilbrough House hace veinticinco años.

Moira sonrió.

—Nos comunicaremos nuestros mutuos descubrimientos por la noche, a la hora de costumbre —dijo.

—De acuerdo —contestó él—. Ahora, voy a colocar las piedras en su

sitio. Otro día compraré un poco de cemento y las uniré de nuevo.

Del recogió las herramientas y colocó debajo de uno de los ataúdes la pequeña cantidad de escombros resultante de su labor. Luego apagaron la linterna y salieron del panteón.

El regreso se hizo en la forma acostumbrada. Poco más tarde, Del dormía apaciblemente, a pesar de la turbulencia de sus pensamientos.

CAPÍTULO XII

A media mañana, Del se encaminó a la aldea.

La tienda de los Ochirty había sido abierta nuevamente. Una mujer despachaba al público.

Del preguntó por Buck Ochirty. La mujer, que resultó ser prima del mencionado, le indicó que se halla en el piso superior.

—Está anonadado por la muerte de su esposa —contestó.

—Lo comprendo —respondió el joven—. ¿Cree usted que me recibirá?

—Inténtelo —contestó ella, a la vez que le indicaba el camino de acceso al piso superior.

Del atravesó el mostrador y pasó a la trastienda. Una escalera angosta y mal iluminada conducía hasta arriba, desde un corredor contiguo a la habitación donde Millie había aparecido ahorcada.

La escalera concluía en una puerta. Del tocó con los nudillos. Al no recibir contestación, empujó la puerta.

Buck Ochirty estaba sentado en una silla, ante una mesa, junto a la ventana. Su aspecto era de total abatimiento y tenía la mirada perdida en el infinito. Del se dio cuenta de que el hombre había sufrido un tremendo *shock* con la muerte de su esposa.

Sobre la mesa había un retrato de una pareja en el día de su boda. Del se acercó, tomó el retrato y lo contempló durante unos instantes.

Aunque ya habían pasado más de veinte años desde entonces, era fácil reconocer a la pareja. Del cargó la pipa y la encendió, sin que Ochirty hiciese el menor gesto por saludarle ni impedirle la estancia en la habitación.

—Quisiera hablar con usted, Buck —dijo el joven, pasados unos minutos.

—Millie ha muerto —contestó Ochirty con voz monótona—. No me interesa lo demás.

—Puede interesarle, Buck. Millie no se suicidó. La asesinaron.

Dejó pasar unos segundos, a fin de que la idea penetrara en su mente.

—Así es, Buck, por mucho que le desagrada la idea.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Ochirty, demostrando cierto interés por vez primera desde la entrada del joven.

—Pude averiguar ciertos detalles que robustecen mi tesis. Es más, incluso le diría el nombre del asesino... pero, por ahora, preferiría hablar de otro crimen ocurrido hace veinticinco años.

Ochirty se levantó y le volvió la espalda.

—De eso no tenemos nada que hablar —contestó.

—¿Teme usted que le asesinen, lo mismo que a Millie?

—No, pero...

—Entonces, si no tiene miedo a nada, hable. ¿Quién mató a los Kilbrough?

Los dedos de las manos de Ochirty se entrelazaron nerviosamente a su espalda.

—No lo sé...

—Lo sabe, pero prefiere callar. ¿Es que no quiere vengar a Millie? ¿Dejará que su muerte quede impune? Porque usted sabe perfectamente que ella murió asesinada y con su silencio está protegiendo al asesino. ¡Sea hombre y hable de una vez!

Ochirty se volvió hacia el joven.

—¿Qué me sucederá si cuento todo lo que sé? —preguntó repentinamente.

—No lo sé, no tengo ninguna autoridad legal para prometerle nada a cambio; pero si es inocente, no debe temer nada. Por otra parte, desde la muerte de los Kilbrough han pasado veinticinco años; el crimen ha debido prescribir, aparte de que el veredicto fue suicidio.

—No fue suicidio, sino asesinato —declaró Ochirty tajantemente.

—Muy bien, pues. Diga, entonces, quién los mató.

—Thames.

Del miró recelosamente a Ochirty.

—Buck, ¿a quién está tratando de proteger? Sabe tan bien como yo que Thames no mató a los Kilbrough ¿Por qué no pronuncia el nombre claramente?

—Le digo que...

—Escuche, el miedo que siente no le servirá para nada. El que mató a Millie intentará matarle a usted también. Los testigos deben tener la boca cerrada, es su forma de pensar. ¿Fue Goodville?

Ochirty bajó la cabeza.

—Sí —murmuró sordamente.

—Pero, ¿cómo puede ser posible? Los Goodville solo llevan dos años residiendo en Kilbrough House —objetó el joven.

—Él era criado en la casa hace veinticinco años. Se marchó a poco de

morir los dueños.

—¿Y su esposa?

—Entonces no la conocía. Debieron casarse años más tarde y apareció con él cuando regresó para hacerse cargo de la administración de Kilbrough House.

—¿Dónde estuvo Goodville todo ese tiempo?

—Fuera, en el extranjero, creo. Pero volvió arruinado y...

—¿Le vio cometer el crimen?

—No. Solo escuché los disparos. Cuando subí arriba, encontré a Thames junto a los cadáveres. El señor Thames estaba...

—Me lo figuro —cortó el joven—. ¿Qué hacía Millie entonces?

—Era sirvienta, como yo. Nos casamos después.

—¿Cómo sabe que Goodville fue el asesino? Todos los indicios acusaban a Thames.

—Días antes del crimen le vi limpiando un revólver. Nadie en la casa usaba armas, ni Thames ni mucho menos el señor Kilbrough.

—Y aquel revólver fue el que apareció junto a los cadáveres.

—Sí, en la mano del señor Kilbrough. El señor Thames no quiso tocar nada y llamó a la policía.

—Pero usted sabía que Kilbrough no era persona capaz de matar a su propia esposa y suicidarse a continuación, ¿no es así?

Ochirty asintió con la cabeza.

—En efecto —contestó con voz opaca.

—Se decía, o se dijo, que los motivos que impulsaron a Kilbrough a cometer su acción fue la presunta infidelidad de su esposa. ¿Qué tiene que manifestar usted al respecto?

Ochirty desvió la mirada.

—La señora Kilbrough era una dama honestísima y enamorada de su marido. Jamás hubiera cometido un desliz semejante —aseguró.

—Entonces, ¿cuáles fueron los motivos del crimen?

—¿Es que no lo comprende? —gritó Ochirty—. Goodville tenía entonces veinticinco años menos y era un sujeto de aspecto agradable. La señora le sonreía algunas veces, como a todos los demás, pero él creyó... Dios sabe lo que llegó a creer...

Del movió la cabeza. Sí, también lo entendía.

—¿Dónde ocurrió el hecho?

—En el dormitorio de los esposos.

—Goodville subiría allí creyendo encontrar sola a la señora Kilbrough... y tal vez sucedió así. Pero cuando intentó propasarse, ella gritó y su esposo acudió, ¿no? —insinuó Del.

Ochirty sudaba copiosamente.

—Goodville se asustó y quiso hacerla callar, amenazándola con el revólver —explicó—. Sin embargo, debía de estar poco práctico y el arma

se le disparó, matándola. Aterrado, trató de huir en el momento en que entraba el señor Kilbrough. Goodville se situó a un lado de la puerta, puso la boca del arma en la sien de Kilbrough, le colocó el arma en la mano y escapó antes de que llegase Thames.

—¿Cómo está tan bien enterado del asunto? —preguntó Del.

—Hubo un testigo que lo vio todo.

—¿Quién?

—Ochirty desvió la mirada.

—¿Quién? —gritó el joven, ante el silencio de su interlocutor.

—Millie. Estaba preparando el baño a la señora y oyó las voces y los disparos.

—Pero no vio nada...

—Sí. Presenció la muerte del señor Kilbrough. Sin embargo, le entró un pánico espantoso... Temía que el asesino la matase también a ella.

—¿Y por qué se calló?

—No lo sé. Yo solo me enteré de que ella lo había visto muchos años después de habernos casado.

—Millie era muy guapa entonces. —Del reflexionó rápidamente—. ¿No trataba de conquistar al señor Thames?

Ochirty calló. Del supo que su tiro al azar había dado de lleno en la diana.

—Y, despechada por lo que ella creía desdenes, dejó que la gente creyese que Thames había sido el asesino. ¿No es cierto?

El silencio de Ochirty indicó a Del que sus palabras eran completamente ciertas. El joven continuó:

—Pero ahora, Millie ya no tenía nada que temer de Goodville. ¿Por qué, entonces, la asesinó éste?

—¿Es que no lo ha comprendido todavía? —exclamó Ochirty. Se dirigió a la mesa, abrió un cajón y sacó una fotografía, que entregó al joven—. ¡Tome, en este retrato está la explicación de la muerte de Millie!

CAPÍTULO XIII

Del se sentía tan aturdido cuando salió de casa de Ochirty, que no se sentía capaz de coordinar medianamente bien sus ideas. La muestra de la taberna contigua le indicó que tomar una copa podría reanimarle un tanto después de la sensacional revelación que acababa de serle hecha.

Entró y se sentó ante una mesa. La *barmaid* acudió al instante y Del le encargó un *whisky* doble, que paladeó a pequeños sorbitos.

Sacó la fotografía y la contempló durante largo rato. Aquella fotografía explicaba también la muerte de Pipe.

Vagamente, Del se percató de que había un forastero en la taberna. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de semblante enjuto y mirada perspicaz, que parecía muy ocupado en consumir una gran jarra de cerveza. Del no hizo mucho caso, sin embargo, de aquel individuo y, una vez hubo terminado su copa, dejó unas monedas sobre la mesa y salió.

El misterio estaba a punto de aclararse, pensó. Solo faltaba hablar a la noche con Moira. Pero en cuanto a su conducta futura, se sentía totalmente irresoluto.

Las muertes de Pipe y de Millie Ochirty no eran fácilmente demostrables. Y en cuanto a las de Mark y Doris Kilbrough, toda acción judicial estaba prescrita... ¿Quedarían impunes aquellos asesinatos? se preguntó.

Cuando llegó al campamento, se sentó a la entrada de la tienda, contemplando Kilbrough House. Ahora comprendía también por qué aquel panorama le resultaba vagamente conocido.

Permaneció inmóvil durante largo rato. Poco a poco, el día fue transcurriendo.

Llegó la noche. Una hora después de la oscuridad total, oyó la voz de la muchacha.

—¿Del?

—Aquí, Moira.

Salió a su encuentro, con la toalla en la mano.

—¿Cómo se encuentra, Del? —saludó ella.

—Con muchas noticias interesantes —respondió el joven—. ¿Qué ha sabido usted?

—He logrado convencer a mi tío. Despedirá a los Goodville y a Gwynna.

—¿Se marcharán de Kilbrough House?

—¡Qué remedio! No pueden hacer otra cosa.

—Él ha cometido dos asesinatos, Moira. Y otros dos hace veinticinco años.

—Si pudiéramos probar los dos últimos... ¿Fue Sam el que mató al matrimonio?

—Sí.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Ochirty.

Moira dejó la toalla a un lado y se sentó en el suelo —Siéntese a mi lado y cuénteme, Del —rogó.

El joven obedeció, narrándole puntualmente su entrevista con el tendero.

—De modo que Millie lo sabía y calló durante años.

—Sí. Esperaba, tal vez, conquistar a Thames con sus gracias, pero erró y acabó por casarse con Ochirty. Su silencio era como una especie de complicidad con Thames; quería demostrarle que a ella no le importaba que hubiese cometido, supuestamente, claro, los dos asesinatos, pero Thames no le hizo el menor caso y como no podía actuar legalmente contra él, acabó por cansarse y desistir de sus pretensiones.

—Entiendo. Pero al cabo de tantos años, Millie no debía haber temido a Goodville.

—Moira, la señora Ochirty no murió por haber presenciado el crimen, sino por otra cosa muy distinta. Espere un momento.

Del entró en la tienda y salió con la linterna en la mano. La lámpara le sirvió para alumbrar la fotografía que le había entregado Ochirty al mediodía.

Moira contempló la cartulina estupefacta.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Es... sorprendente!

—Así lo estimo yo —contestó el joven—. Pero, usted ¿cómo no supo ver lo que Pipe y Millie vieron desde un primer momento?

Ella le miró fijamente.

—Del, aunque usted no lo quiera creer, no he visto una fotografía de su padre nunca. Solo vi la fotografía de su madre, la que mi tío tenía sobre su escritorio... pero nunca se me ocurrió mirar detrás del marco.

—Así, pues, resulta que el niño que hay enterrado en el panteón es el auténtico Delius Corween y yo soy Darryl Kilbrough.

—El parecido es asombroso. Diríase que Mark Kilbrough ha vuelto a la vida —comentó la muchacha, que ya se iba rehaciendo del asombro que

sentía.

—Eso no me interesa ahora tanto como saber por qué mis padres callaron la verdad durante tanto tiempo... Bueno, digo mis padres por la costumbre, pero no lo son.

—Pero, ¿no lo entiende? Si usted hubiese aparecido, Goodville le habría asesinado.

—¿Goodville o Thames, Moira?

Ella le miró fijamente.

—No, ahora creo que Thames no le hubiese causado el menor daño —respondió—. Es más, incluso creo que le está protegiendo.

Del pegó un respingo.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo, muchacha? —exclamó—. ¿Thames protegiéndome a mí?

—Sí. Su parecido con su padre es innegable; para quien conoció a Mark, reconocer al hijo es cuestión de un juego de niños. Por lo tanto, Thames supo quién era usted desde el primer momento... y no quiere que Goodville le cause el menor daño.

—Pero, ¿qué beneficio podría obtener Goodville matándome?

—Convertirse en el heredero de Kilbrough House, naturalmente —respondió la muchacha—. Y yo también corro el mismo riesgo, aunque Thames les está conteniendo.

Del se acarició la mandíbula pensativamente.

—No, eso no me parece del todo correcto. Yo no represento ningún peligro para Goodville. De lo contrario, el día en que me golpeó para llevarse el cadáver de Pipe me habría matado. Le hubiese resultado mucho más fácil. ¿Comprende?

—No. ¿Por qué dice eso?

—Porque mi nombre oficial es Delius Corween, porque hay un pequeño cadáver bajo el nombre de Darryl Kilbrough en el cementerio de Kilbroughdley y, no lo olvidemos tampoco, un certificado de defunción expedido por el doctor Kempton, de Liverpool. Por lo tanto no puedo reclamar legalmente lo que me pertenece; por ese lado no preocupo a Goodville.

Moira reconoció la justeza de los alegatos del joven.

—Pero puede pensar que usted se está entrometiendo demasiado en un asunto que puede perjudicarle —apuntó.

—Goodville no es tonto y sabe que yo no puedo demandar nada ni probar ninguno de sus crímenes. En cambio, sí sabe que Millie Ochirly le vio, por lo menos matar a mi padre. Si unimos a esto que la mujer me reconoció por el parecido fisonómico y que, menos fuerte tal vez que su esposo, podía ceder, encontraremos, que a Goodville solo le quedaba una salida con respecto a Millie.

—Matarla para que no hablara.

—Exactamente. Y su esposo. Buck, no podría acusarle de nada, porque él no presencié los hechos. En todo caso, vio a Thames con el revólver en la mano, pero no a Goodville mientras cometía los dos asesinatos. Una declaración basada en la declaración de otro testigo, ya muerto, no tendría validez alguna legal.

—¿Y Pipe? ¿Qué me dice usted del mayordomo? Él no le había visto a usted aún —alegó la muchacha.

Del meditó unos segundos.

—Es curioso —dijo—. Yo creía que sí me había visto a mi llegada a la aldea y que por eso lo mató Goodville... ¡Espere! ¡Ahora conozco los motivos!

Moira le miró intensamente.

—Hable, Del, por favor.

—Pipe mencionó el cementerio. ¿Qué encontramos nosotros allí?

—El cadáver de un supuesto Darryl Kilbrough, claro. Y su partida de defunción. Pero, ¿qué podía importarle a Goodville que encontrásemos precisamente lo que podía reforzar sus propósitos? Para todo el mundo, el que está encerrado en el nicho es el heredero de Kilbrough House, Moira.

—Olvida usted una cosa, y es que esa tumba es secreta. Por lo tanto, muy pocas personas deben de tener conocimiento de la misma.

El joven meditó de nuevo.

—Solo hay una solución, Moira —dijo al cabo—. De alguna manera que ignoro, si se abriese el ataúd, se demostraría que el niño que murió no es sino Delius Corween. Pipe lo sabía y Goodville sabía que el mayordomo estaba enterado de ello. Por eso lo mató, Moira.

—Lo que no entiendo es cómo pudo llegar Pipe hasta su campamento después de recibir la puñalada mortal —murmuró la joven.

—Yo sé lo diré. Pipe debió de caer al suelo, herido... por quien fuese. El asesino fue en busca de socorro para ocultar el que ya creía cadáver, pero, mientras, Pipe realizó sus últimos esfuerzos y escapó de la casa. Usted dijo que él sabía todo lo que usted hacía, ¿no?

—Sí, es cierto —respondió la muchacha—. El pobre Pipe sabía que yo había ido a buscarle a Londres para hacerle venir aquí. Seguramente, los Goodville, que metían las narices en todo, debieron enterarse y temieron por su suerte... es decir, por la propiedad. Pipe era otro de los que les estorbaban.

—Así fue, y solo deseo encontrar las pruebas precisas para hacer que purguen sus crímenes —declaró el joven—. Por cierto, tengo que hacerle dos preguntas, Moira.

—Venga la primera, Del —pidió ella.

—¿Recibió la contestación al telegrama que me anunció iba a enviar a no sé dónde?

—Aún no. La espero mañana —contestó ella—. ¿Cuál es la otra pregunta?

—Se refiere al dominio que los Goodville ejercen sobre Thames.

—Pero, ¿no lo comprende? El veredicto fue de suicidio; sin embargo, Thames fue el primero en llegar al lugar del crimen. Todo el mundo creía que fue él, y muchos siguen pensándolo aún. Los Goodville le presionan bajo la amenaza de declarar que fue él...

—Sin embargo, no le ocurriría nada ya —alegó el joven.

—Sí, pero la declaración de dos «testigos» presenciales le desacreditaría terriblemente y hasta es posible que se declarase la nulidad del testamento.

—Puede que tenga razón —convino Del, meditabundo—. Ahora, dígame, ¿por qué fue a buscarme a Londres?

—Mi madre me había contado la historia —respondió la muchacha—. La conocía de labios de Thames, el que, no obstante, jamás quiso decir nada de su paradero. Al cabo del tiempo, muerta ya mi madre, cayó en mis manos una de sus novelas. Eso me puso en acción, Del; conociendo la editorial, no es difícil dar con el autor... ni mucho menos cuando el apellido Corween figura en la guía telefónica.

—Y usted quería que se hiciera justicia.

—Sí. No podía consentir que las cosas siguieran como están.

—Su tío parecía opinar de otra manera.

—Desde luego, aunque no comprendo bien sus motivos. Sin embargo, se lo preguntaré mañana.

—Yo me imagino cuáles son esos motivos, Moira.

—¿Sí, Del?

—Thames es ya muy viejo. Está inválido... ¿por qué, Moira?

—Artritis, Del —explicó la muchacha.

—Bueno, el caso es que le queda poco tiempo de vida. Egoístamente, no quiere complicarse la existencia, eso es todo.

Moira asintió pensativamente.

—Posiblemente. Es posible que tenga razón, Del. Pero no deja de ser una actitud enteramente reproachable.

—Las cosas se ven de forma muy distinta a los setenta años que a los veintipocos, que son los suyos —sonrió el joven.

—Conforme, pero mañana me va a oír mi tío —declaró Moira impulsivamente—. Y le diré que empiece a preparar todo para el traspaso de lo que no le pertenece.

—Moira, Kilbrough House es muy bonito y vale mucho, pero, ¿cree que lo es todo en el mundo para mí?

Hablaba mientras la miraba intencionadamente.

Ella sonrió.

—Del, me felicito de que no haya luz. Así no verá usted el intenso rubor que ha cubierto mis mejillas.

—Yo sí que me felicito de haberla conocido a usted —contestó él, tomándole una de sus manos—. Moira, te quiero. ¿Podre pedirte un día que te cases conmigo?

—No, Del —respondió la muchacha tajantemente.

Del se quedó parado.

—¿Por qué? Creí que te sería simpático...

—Pero es que yo no quiero que creas que hice todo esto por mero interés —le interrumpió ella, poniéndose en pie de un salto—. Y en cuanto se haya solucionado todo, me iré de Kilbrough House —concluyó de modo que no dejaba lugar a dudas.

Del permaneció largo rato despierto. Al final, llegó a una conclusión.

Cualquiera que fuera la solución de aquel problema, no permitiría que Moira escapase de él. A toda costa estaba decidido a convertirla en su esposa.

CAPÍTULO XIV

A la mañana siguiente, Moira, como tenía por costumbre, bajó la silla de ruedas al exterior de la casa. La orilla del lago quedaba escasamente a cuarenta metros de distancia y a unos quince más abajo que el lugar donde se detuvo la muchacha.

—No me gusta que me dejes aquí —rezongó el inválido—. Estoy demasiado cerca de la pendiente.

—Bueno, te echaré un poco más atrás —contestó Moira, retrocediendo media docena de pasos—. ¿Cuándo vas a devolver a Darryl lo que es suyo?

El anciano pareció sorprenderse.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Qué te interesa a ti ese asunto? Si yo muero, Kilbrough House pasará a tu poder...

—No me gusta lo que no es mío —declaró ella sin rodeos—. Darryl vive...

—Lo sé, lo sé —gruñó Thames—; y cuando le vi, me pareció que estaba viendo a su padre. Es su vivo retrato.

—Entonces, ¿por qué no lo reconoces? ¿Acaso porque se declaró legalmente su muerte?

—Ese podría ser un motivo, ¿no?

—Desde luego. Pero, si se abriese el ataúd, ¿no se demostraría que el cadáver que hay allí es el de Del Corween y no el de Darryl?

Thames calló. Moira se impacientó.

—Vamos, habla —dijo.

Al cabo de unos momentos, Thames respondió:

—Del tenía un defecto congénito. Una de sus piernas era más corta que la otra.

—Y eso se vería inmediatamente, si se abriese el ataúd.

—Sí.

—Y tú haces todo para que yo me quede con Kilbrough House.

—Eres la hija de mi difunta esposa —murmuró el anciano obstinadamente.

—No quiero la propiedad —insistió ella con no menor obstinación—. ¿Qué dicen los Corween?

—Están de acuerdo conmigo. Les pago para que lo estén.

—Tú y ellos os mereceríais cualquier cosa —declaro la muchacha con

indignación—. Afortunadamente, Darryl está vivo y reclamará lo que le pertenece. ¿Por qué hicisteis la sustitución?

El anciano desvió la mirada.

—En aquella época, yo llegué a temer que los Goodville buscasen al niño para matarlo —contestó—. Ahora reconozco que no fueron sino aprensiones mías... Pero después, continué callando. Y los Corween también; te guste o no, ellos acabaron por querer a Darryl como si fuese el hijo que habían perdido y que tenía la misma edad que Darryl. Por otra parte, éste no podrá quejarse de haber pasado privaciones en ninguna época de su vida...

—A veces, el dinero no lo es todo, tío —le reprochó la muchacha suavemente—. Ya sé que tú no quieres resucitar hechos pasados, pero la verdad debe imponerse por encima de todo. Y los Corween deberán resignarse a que Darryl recobre su verdadero nombre.

El inválido suspiró.

—Tu madre no era tan testaruda —dijo.

—Lo siento, tío. Voy a dejarte ahora... Pero ya puedes ir pensando en la solución que le das a este asunto. Kilbrough House debe volver a su auténtico dueño.

Moira dio un paso, pero volvió junto al anciano.

—Creo que tú también llegaste a enamorarte de Doris Kilbrough —insinuó.

Thames bajó la cabeza sobre el pecho.

—Era muy buena, más aún que hermosa —murmuró—. Y yo fui un cobarde, que no supo matar inmediatamente al autor de su muerte.

Ella le puso una mano sobre el hombro.

—Ya has padecido bastante castigo durante todos estos años —declaró—. Ahora, lo que tienes que hacer es reparar tu parte de culpa. Te aseguro que Del... perdón, Darryl, sabrá ser generoso; pero los Goodville...

—Se marcharán hoy, así me lo aseguraron. Y su hermana también.

—¿Qué hermana? —preguntó ella, sorprendidamente.

—Gwynna. Es hermana de él, pero usa otro apellido, porque hace pocos años que se quedó viuda.

—Vaya, qué callado se lo tenían —comentó Moira. Luego dijo: Estoy segura incluso de que fue Elisa la que empujó a Goodville a volver aquí. Ella no sabía nada de lo que pasó; se había casado con Sam mucho después, pero es lógico suponer que su esposo se lo contó todo, ¿no es cierto?

—Sí —concordó el inválido.

—Es una lástima que no podamos probar sus crímenes... aunque no desespero de ello todavía —respondió Moira—. Volveré luego para llevarte a tu habitación.

—Como quieras, Moira.

La muchacha se alejó. Thames inclinó la cabeza sobre el pecho.

Así pasó un buen rato. Silenciosamente, rememoró hechos acaecidos muchos años antes y de los cuales tenía buena parte de culpa. Sí, Moira tenía razón; su deber era restituir a su dueño lo que legítimamente le pertenecía.

De pronto, sintió que alguien se le acercaba por detrás.

—¿Moira? —preguntó.

—No, Elisa Goodville.

Thames se estremeció.

—¿Qué hace usted aquí? Les dije que se marcharan de la casa. Usted, Sam y Gwynna.

—Vamos a quedarnos, Thames —contestó la mujer—. Sé que no le gusta, pero a nosotros sí nos gusta Kilbrough House. Y queremos disfrutar de esta magnífica propiedad.

—Tiene ya dueño...

La mujer soltó una corta carcajada.

—Hace tiempo que, en vista de que usted no se decidía, Sam está ya trabajando en un nuevo testamento. Será una obra de arte y nadie podrá demostrar que no es legítimo.

—Pero Moira...

—Moira será acusada de un asesinato. Irá a parar a la cárcel para toda su vida.

—¡Ella no mató a Pipe!

—Claro que no —rio la mujer, con una risa demoníaca, espantosa—. Tampoco mató a Millie Ochirty. Pero no será acusada de esas muertes, sino de la suya.

—¡Elisa...!

La mujer apoyó sus manos en los puños que servían para empujar la silla de ruedas.

—Del Corween no podrá demostrar de ninguna forma que es Darryl Kilbrough; por lo tanto, queda fuera de juego —dijo—. Y en cuanto a Moira, será acusada de haberle asesinado para heredarle, ignorando que usted había otorgado otro testamento. ¿Por qué cree que hemos esperado tanto tiempo?

Elisa volvió a reír atrozmente.

—La cocinera está en Kilbrough, haciendo unas compras. Moira anda por ahí. Sam, Gwynna y yo atestiguaremos que la vimos empujar la silla. Será suficiente para que la condenen a cadena perpetua.

El anciano gritó, pidiendo socorro.

—Grita, grita todo lo que quieras —rio la mujer—. Nadie te oír...

Y empujó la silla hacia la pendiente.

Las dos personas coincidieron casi al mismo tiempo en el campamento del que ahora ya sabía era el auténtico Darryl Kilbrough.

Asombrado, Darryl vio venir hacia sí al hombre que estaba el día anterior en El Jabalí Dorado. Moira se acercaba por el otro lado, después de haber cruzado el puente.

—¿Señor Corween? —saludó el hombre.

—Sí... Bueno —contestó Darryl—, ese es mi nombre... digamos artístico. ¿Quién es usted?

El desconocido sacó una cartera.

—Alan Cross, inspector detective. Scotland Yard —contestó.

—No he cometido un crimen, que yo sepa —expresó Darryl.

Moira llegaba en aquel momento.

—El inspector Cross no le va a acusar de asesinato —dijo, sonriendo—, sino, al contrario, aclarar otros que se han cometido aquí y no solo ahora. —Tendió la mano al policía—. ¿Cómo está, inspector?

—Encantado de saludarla, señorita Spencer —respondió el hombre del Yard.

Moira se volvió hacia el estupefacto Darryl.

—Esta es la respuesta a mi telegrama —sonrió—. El inspector era antiguo conocido de mi madre y le hablé de este asunto cuando fui a Londres. Me prometió hacer todos los posibles por venir...

—Pero me fue imposible hasta ahora —agregó Cross—. Por otra parte, la investigación no tendrá carácter oficial, hasta que hayamos adquirido pruebas que nos permitan intervenir, y ello con la autorización de la policía local de Kilbroughdley.

—Muy bien —aprobó la muchacha—. Entonces, creo que lo mejor será ir a Kilbrough House y hablar con mi tío. Después, podrá interrogar a los Goodville. Ah, Darryl, el cadáver del pobre Pipe continúa en el túnel.

—Los Goodville se irán. Escaparán apenas vean que el inspector Cross ha tomado cartas en el asunto.

Moira sonrió sibilinamente.

—Llenar de aire ocho cámaras de automóvil no es empresa que se realice en unos pocos segundos —contestó—. ¿Vamos?

Emprendieron la marcha hacia la casa. La muchacha quedó en medio y, mientras caminaban, explicó a Cross lo sucedido en los últimos días.

—Estoy seguro de que Ochirty testificará en contra de Goodville —dijo—. Elisa fingió el desmayo, después que hubo ayudado a su esposo a colgar a Millie.

—Su testimonio no será de mucho valor —objetó Darryl.

—Peor sería que no pudiese decir nada —contestó Cross—. Siempre podrá servirnos de base para ulteriores investigaciones.

—Que es, precisamente, lo que yo andaba buscando —contestó la muchacha, muy ufana.

Llegaron a la entrada del puente. Darryl pudo comprobar que Moira no le había mentado; los dos automóviles tenían las ruedas descansando directamente en el suelo.

Atravesaron el puente. Moira llamó a la puerta.

Gwynna abrió momentos después. La mujer parpadeó asombrada al verse ante dos hombres, uno de los cuales le resultó completamente desconocido.

—Gwynna —dijo Moira con gran desparpajo—, le presento al inspector Cross, de Scotland Yard. Ya se imagina para qué ha venido, ¿no?

El rostro de la sirvienta se puso lívido. Abrió la boca, pero no pudo emitir el menor gemido.

Goodville apareció en aquel instante.

—Gwynna, ¿quién...?

Moira sonrió.

—Hola, asesino —saludó—. Aquí tiene a Darryl Kilbrough. Y este otro es el inspector Cross, de Scotland Yard. Se acabó, Sam.

Goodville palideció intensamente.

—¡Elisa! —exclamó—. ¡Está...!

Gwynna retrocedió un paso. Se había rehecho y en sus ojos brillaba una luz de odio absoluto.

—¡Maldito estúpido! —dijo—. Todo lo ha estropeado. Si hubieras hecho desde el principio lo que te dijimos Elisa y yo, ahora no...

Repentinamente, sacó una pistola del bolsillo de su bata y disparó dos veces contra Goodville.

Sam lanzó un agudo grito. Se llevó ambas manos al pecho y cayó redondo al suelo, mientras Moira lanzaba un agudo grito de espanto.

Cross se quedó aturdido ante la insólita acción de la mujer, que ninguno de los presentes había esperado ciertamente. Sin embargo, Darryl, reaccionando con rapidez, saltó hacia ella y le golpeó la muñeca.

La pistola saltó por los aires. Lanzando espumarajos de rabia, convertida en una harpía que emitía gritos inarticulados, Gwynna se abalanzó contra el joven.

Darryl se la quitó de en medio por el expeditivo procedimiento de asestarle un fuerte golpe en la boca del estómago. Gwynna abrió la boca desmesuradamente y se sentó en el suelo, oprimiéndose el vientre con ambas manos.

Cross reaccionó al fin y, sacando unas esposas, inmovilizó a la mujer. Luego se acercó a Goodville y le volvió cara arriba.

Meneó la cabeza con gesto pesimista. De pronto, Darryl echó en falta a una persona.

—¿Dónde está Elisa?

Era extraño que la esposa de Goodville no hubiese aparecido al oír las detonaciones. De pronto, Darryl creyó percibir unos débiles gritos que

sonaban en el exterior.

—¡Vamos, inspector...! —gritó, lanzándose hacia la puerta.

Cross y Moira le siguieron inmediatamente. Dieron la vuelta a la casa y, a los pocos pasos, divisaron un cuadro espeluznante.

Elisa no había consumado totalmente sus propósitos. El sillón, en efecto, había rodado por la pendiente, introduciéndose en el lago, pero el avance había sido frenado de modo natural al clavarse las ruedas en el fango del fondo del lago.

Pero Elisa no quería desaprovechar su oportunidad y, sumergida en el lago hasta los pechos, agarraba al inválido por la cabeza y lo metía en las aguas una y otra vez, con ánimo de ahogarle.

El anciano lanzaba unos gritos horripilantes. Sin embargo, era evidente que sus fuerzas decaían con rapidez y que la mujer acabaría por conseguir sus criminales propósitos.

—¡Elisa! —gritó Moira.

La mujer se volvió. Su rostro se transformó en una máscara de odio.

—¡Alto! —gritó Cross, corriendo hacia ella.

Elisa comprendió que estaba perdida. Miró en torno suyo, sin conseguir encontrar la vía de escape que necesitaba.

La otra orilla del lago era su única salvación. Sin vacilar, dio un salto hacia adelante y empezó a nadar.

—¡Inspector! —gritó Darryl—. Corra y dé la vuelta por el puente.

Cross no se lo hizo repetir. Giró sobre sus talones y se lanzó a la carrera hacia el puente. Mientras, Darryl corría hacia el lago.

Thames tenía la cabeza doblada sobre el pecho. Su estado era realmente lastimoso.

Sin vacilar, Del se adentró en las aguas. Llegó a la silla y tiró de ella hacia atrás con todas sus fuerzas. Moira unió sus esfuerzos segundos más tarde.

—Todavía está vivo —exclamó—. Rápido, Darryl, tenemos que llevarlo a su cuarto...

—Espere un momento —pidió el joven.

Miró hacia el lago. Elisa continuaba nadando, pero su ritmo se había hecho mucho menos veloz.

Estaba ya casi a la mitad de la distancia de la otra orilla. Cross corría por el borde del lago, dispuesto a cerrarle el paso.

Darryl se quitó la chaqueta y los zapatos. Moira le puso una mano en el brazo.

—No. Os ahogaréis los dos...

Elisa se sumergió una vez. Volvió a aparecer, braceando frenéticamente. Un grito de súplica se escapó de sus labios.

Darryl se zambulló de cabeza en las aguas, pese a la oposición de la muchacha. Pronto supo, sin embargo, que su esfuerzo sería estéril.

Elisa se hundió de nuevo. Reapareció otra vez, pero a la siguiente se quedó en el fondo.

Darryl se volvió. Ya no era posible hacer nada por la mujer. Solo les quedaba el recurso de buscar la embarcación y rescatar su cadáver o esperar a que aflorase, naturalmente.

EPILOGO

El médico de Kilbroughdley salió de la habitación. Darryl y Cross esperaban en el corredor.

—El señor Thames se repondrá —informó el galeno—. Sin embargo, el choque le ha dejado bastante debilitado. Esa inmersión no ha resultado conveniente para su artritismo y menos aún para su corazón.

—Vamos para abajo, doctor —sugirió el policía—. Quiero hablar con usted respecto a las muertes ocurridas.

—Como guste, inspector.

Darryl se quedó en el pasillo, aguardando pacientemente, mientras, fumaba un cigarrillo. Pasó un cuarto de hora largo.

Moira salió al fin.

—Duerme —dijo sobriamente.

—Me alegro —contestó el joven.

—He hablado con él —siguió Moira—. Lo sucedido le ha hecho ver las cosas de un modo distinto.

—Lo celebro.

—Está de acuerdo en contar todo lo que sabe. Atestiguará tu verdadera identidad. Los Corween también lo harán.

Darryl se quedó pensativo unos momentos.

—Debo disculparles —dijo al cabo—. A fin de cuentas, siempre me han querido como a un verdadero hijo.

—Tal vez se sintieron demasiado egoístas. Para ellos debió de resultar un golpe muy duro perder a Del.

—Lo comprendo. —Darryl suspiró y miró en torno suyo—. Ahora sé por qué me parecía conocer estos parajes. Yo era muy pequeño entonces, pero hay detalles que se graban con fuerza en el subconsciente y no se olvidan jamás.

Moira calló. Darryl pensó unos momentos en la tragedia que había ocurrido en Kilbrough House veinticinco años antes y que acababa de tener su epílogo de una forma no menos trágica, aunque ciertamente justiciera.

—Solo espero tener suerte en una cosa —dijo al cabo de unos minutos.

—¿En qué, Darryl? —preguntó Moira.

El joven la miró y sonrió.

—Espero que nuestros hijos no tengan que sufrir ciertos inconvenientes como los que yo he padecido —declaró.

—¿A qué hijos te refieres?

—Bien, a los que vendrán después que nos hayamos casado, Moira.

—Te dije que me iría y cumpliré mi palabra. En cuanto mi tío se haya repuesto...

Darryl la atrajo hacia sí, rodeándola con sus brazos.

—No te irás, al menos sin mí —aseguró rotundamente—. Y si crees que no soy capaz de cumplir mi palabra prueba a intentarlo.

Los labios de la muchacha temblaron.

—¿Hablas en serio? —preguntó—. No quiero que digas un día que obré interesadamente...

Darryl acalló sus protestas besándola con fuerza.

—Querida —dijo al cabo de unos momentos—, nada mejor, ni el recobrar mi nombre, ni la propiedad, podía haberme sucedido que encontrarte a ti. Aunque si bien lo miramos, ocurrió a la inversa.

Ella sonrió.

—Si me lo hubiesen dicho entonces, tal vez no...

—Tú estabas dispuesta a reparar una injusticia y no pensaste en el futuro. Así es mejor. Y en cuanto a mí, repito, vales más que todos los tesoros del mundo. Por cierto, quedamos de acuerdo, ya en un principio, que era preciso demoler la casa y edificar otra de aspecto más sombrío.

—Sí, tenemos que borrar los recuerdos de cuanto sucedió aquí. No podemos permitir que graviten sobre nuestro porvenir.

—Exactamente así pienso yo —contestó Darryl, inclinándose para besarla de nuevo. Y mientras mantenía sus labios unidos a los de la muchacha, se dijo que el futuro, el Kilbroughner sería un lago de vida.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772